MISS SUSANA.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/misssusanacomedi00lego

MISS SUSANA,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON NARCISO DE LA ESCOSURA,

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el 28 de Marzo de 1868.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1868.

713255

PERSONAJES.	ACTORES.
SUSANA.....	Doña Matilde Diez.
LA CONDESA DE BRIGNOLES.....	Josefa Palma.
ISABEL, mujer del Coronel...	Mariana Chafino.
MARTA, hermana de Bernard.	Adela Zapatero.
ELISA, hija del Coronel.....	Clotilde Lombia.
JUANA, jardinera..	Carolina Gilli.
PABLO, hijo de la Condesa...	Don Manuel Catalina.
EL CORONEL VERNIER....	Florencio Romea.
BERNARD, tallista.....	Francisco Oltra.
JOSÉ, su discípulo.....	Manuel Pastrana.
JAZMIN, criado del Coronel...	Miguel Ibañez.
ANTONIO, jardinero.....	Federico Tamayo.

La escena pasa en 1860: los dos primeros actos en Paris, el tercero en una casa de campo cerca de Dieppe.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa del Coronel Vernier.—Sofá á la derecha.—Puertas al foro y laterales.—Balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

JAZMIN y ANTONIO, ocupados en poner flores en los jarrones.

JAZMIN. Me parece, amigo Antonio, que el Coronel no va á quedar hoy muy contento con los jardineros.

ANT. Pues no hay, de seguro, mejores camelias que las que tiene en su casa.

JAZMIN. Sí tal; pero no hay hortensias, que es lo esencial. Las hortensias son contemporáneas del Coronel; aparecieron en sus buenos tiempos; digo, como que tomaron su nombre de la reina Hortensia de Holanda, madre del actual emperador de los franceses. Son manias del amo. ¿No está empeñado en seguir llamándome á mí *Jazmin*? Un jazmin de mis años!...

ANT. Lo cierto es...

JAZMIN. Anda, anda corriendo á buscar hortensias.

ANT. Voy. (Mirando por el balcon.) Vaya una señora que pasa por ahí en uno de esos carruajitos de moda!

JAZMIN. Será alguna *Aspasia*.

ANT. ¿Aspasia?... Qué quiere decir?... Nunca he oido ese nombre.

JAZMIN. Tampoco sé yo lo que significa; pero cuando el Coronel ve pasar por aquí á una de esas ninfas, muy bonitas y muy pintadas, dice siempre: «Hermosa Aspasia!» (Se acerca al balcon.) Toma! pues si es la famosa Lorenza!

ANT. Lorenza?

JAZMIN. Sí; la que tenia hechizado al condecito de Brignoles.

ANT. Al capitan, eh?

JAZMIN. Su criado me lo ha dicho todo. Hace poco más de un mes que quiso casarse con ella.

ANT. ¿El Conde?

JAZMIN. Y por poco se muere su madre de pena.

ANT. Ya lo creo! Pobre señora! Y con razon.

JAZMIN. Hoy, por fin, ya está más tranquila. El capitan no trata de casarse, y hasta creo que la ha dejado terminantemente. Ayer, sin embargo, se encontró á la ninfa, á la salida del teatro, del brazo de otro jóven. Hubo celillos, y puede que con ese motivo vuelvan á hacer las paces... Sobre todo, si hay desafio entre los dos jóvenes, como se presume; porque el medio infalible de reconciliarse con una mujer, es batirse por ella. Yo he envejecido en la escuela del Coronel, que tambien se ha hecho viejo en el servicio del *vendado rapaz*, y por eso conozco estos negocios.

ANT. Lástima será que, por una mujer de esa especie, se exponga el capitan, que es tan bueno .. Aquí viene su madre precisamente. (Se va.)

ESCENA II.

CONDESA, JAZMIN.

COND. ¿Está en casa la señora, Jazmin?

JAZMIN. Todos han salido; pero no tardarán en volver, porque han ido muy cerca; á ver el jardin de la señora de Blinval.

COND. ¿Y no ha venido aun la señorita Susana?

JAZMIN. No vendrá regularmente hasta dentro de una hora.
COND. Le pondré dos letras.
JAZMIN. Aquí hay lo necesario para escribir. ¿Tiene algo que mandarme la señora Condesa?
COND. Nada. Gracias. (Se va Jazmin.)

ESCENA III.

LA CONDESA, se sienta á la mesa.

Susana! Bendigo el dia que la conocí. Á ella debo la tranquilidad de que gozo. (Escribe.) «No dejeis de ver-»me esta noche, querida Susana; no puedo pasar un »solo dia sin veros: es tanto, tanto lo que os debo!...» Hay seres que llevan consigo una especie de atmósfera que purifica cuanto les rodea y Susana ha hecho en mi casa un milagro. Á su influencia debo que mi hijo haya vuelto en sí. Ah! él! Á qué viene?

ESCENA IV.

LA CONDESA, PABLO.

PABLO. ¿Vos aquí, madre mia?
COND. ¿Y tú, á qué vienes, Pablo?
PABLO. Á hablar con el Coronel de un asunto grave.
COND. Yo he venido á buscar á Miss Susana.
PABLO. No os olvideis de decirle que he traducido tres páginas de inglés.
COND. De veras? (Se sienta en el sofá.) Gracias á sus lecciones, podrás ayudarle en la traduccion de las memorias de tu padre, que me está haciendo. Cada dia agradezco más á esta familia que me la recomendara con ese objeto. Leyendo las memorias de tu padre, imitarás sus ejemplos, querido Pablo, y no podrás olvidar nunca lo que se debe á sí mismo el hijo del general Brignoles, y de la descendiente de los Montluson.
PABLO. Un Brignoles Montluson! Con qué orgullito acabais de

pronunciar ese par de nombres!

COND. ¿Y cómo habia de pronunciar sin vanidad, sin orgullo- dos nombres, que unidos representan lo más ilustre de la antigua nobleza francesa, y lo más glorioso de la aristocracia de las armas en el primer imperio?

PABLO. Hablais con tal acento de conviccion!... De ese amalga, ma del antiguo régimen y del imperio nace el orgullo de dos ramas, que hace mirar á mi buena madre como un ser predestinado al heredero de esos dos grandes nombres!

COND. Búrlate, búrlate cuanto quieras. Ah! Tú no sabes la pasion, el misterio que encierra el corazon de una madre!

PABLO. Lo adivino. Mi pobre padre me contó, que siendo yo muy niño, me cogisteis un dia en brazos, exclamando: «No me pidas, hijo mio, que cometa por tí un crímen, porque creo que lo cometeria.»

COND. Es verdad. (Se levanta.) ¿Tú no comprendes?... Ni yo misma. Háblase del amor maternal como del más puro de todos los sentimientos, y pondéranle con razon. Por salvar á su hijo, sacrificaria una madre gozosa su vida; iria contenta al martirio; perderia toda su fortuna; sacrificaria sus pasiones, y tambien mentiria, se humillaria, si preciso fuera, para salvarle. ¿No ves cuántas veces se puede traducir el amor maternal en este mundo, por vanidad, por pequeñez?... No hay diplomático, por diestro que sea en manejos é intrigas, que pueda igualarse á una madre que trata de hacer la carrera de su hijo ó de casar á una hija. ¿No has visto madres que por idolatria, por debilidad, pierden á sus hijas? El amor maternal es una locura, un delirio; y el corazon humano, tan miserable, que á veces halla medio de hacer de una virtud un vicio.

PABLO. Oh! no os compareis con semejantes madres!

COND. Yo!... (Tomándole las manos con cariño.) Si supieras lo que he sufrido cuando te veia dirigirte á casa de aquella mujer!

PABLO. Por Dios, no me hableis de eso. Á qué viene ya?...

COND. Te habia subyugado de tal modo! ..

PABLO. Madre mia!...

COND. ¿Sabes hasta dónde me llevó mi amor á tí? Busqué á esa mujer; la ví, la rogué...

PABLO. ¿Vos? La Condesa de Brignoles!

COND. Sí; hay deberes ante los cuales todo calla. Estuve casi á sus pies. Prometíle hacer pública su generosidad, si consentia en alejarse de tí; si consentia en romper el lazo vergonzoso que hacía mi desdicha, la deshonra de tu nombre. Ofrecíle... á tanto me obligó á descender el amor de madre, ofrecíle, en premio del servicio inmenso que le pedia, acercarme á ella en público, donde todo el mundo me viera, y hasta estrechar en presencia de todos su mano.

PABLO. Es posible!

COND. Un hombre rústico, un honrado artesano, el padre de Susana, presenció aquella escena y no pudo contener las lágrimas. La cortesana, sin embargo, se negó á oirme. ¿Sabes lo que me ofreció aquella miserable para calmar el dolor de mi corazon?... Consagrar su amor aceptando tu mano! .. Mi hijo! El descendiente de dos familias ilustres, marido de la más célebre de las cortesanas! Oh! Aquel dia, si eso hubiera llegado á suceder, no lo dudes, tu madre hubiera muerto de vergüenza y de pesar.

PABLO. Tranquilizaos, por Dios; no querais afligirme.

COND. Perdona. No hablemos más de lo pasado... Porque... eso ha pasado... ¿no es cierto?

PABLO. ¿No os lo he dicho, señora?

COND. Pruébamelo, pensando en el porvenir, en la felicidad que aquí podrias hallar.

PABLO. Aquí?

COND. Nosotros, hijo mio, no somos ricos.

PABLO. Yo tengo mi patrimonio, que si no cuantioso, nos basta para vivir decentemente.

COND. Y si no fuera porque me cedes la mitad de él, yo ape-

nas podria pasarlo.

PABLO. Que yo os cedo?... Decid más bien, madre mia, que sois vos la que me deja á mí una parte.

COND. Para sostener el decoro de un gran nombre se necesita una gran renta. La hija de nuestros amigos, Elisa, es inmensamente rica; es ademas un tesoro de belleza y de inocencia. Su madre ignora ó finge ignorar tus extravios, y desea esa union: el Coronel, su padre, te lo perdona todo.

PABLO. Oh! lo que es el Coronel no debe ser muy severo en este punto. ¿Sabeis el discurso que les pronunció á sus oficiales al tomar el mando de su regimiento? «Caballe»ros, les dijo; amor á cuantas mujeres veamos, cuchi»llada seca á cuantos hombres se atraviesen en nuestro »camino.»

COND. El Coronel es un héroe.

PABLO. No digo que no; pero un héroe cómico. En la última campaña se cuentan de él rasgos de valor que asustan; y todavia, á pesar de sus años, puedo aseguraros que es terrible en un lance; pues sin embargo de todo eso, es lo más meloso, lo más tierno que se conoce. Hice con él un viaje; no veia moza de posada á quien no abrazase llamándola: «*picaruela*!» Mira á todas las mujeres con unos ojos... Con los ojos del imperio.

COND. Cómo?

PABLO. Oh! no podeis negar que son ojos particulares... que solo se ven en los retratos de aquel tiempo, que se conservan en el Museo. Un modo de mirar tan insinuante, tan apasionado, que no respeta ni edades ni categorias. (Se sienta.)

COND. Ríete en buen hora. Si vieras cuánto bien me hace verte alegre!

PABLO. No lo estaba tanto hace dos meses... ¿No es verdad?

COND. (En pie junto á él y acariciándole.) No por cierto: pareces otro. Se han disipado las sombras que oscurecian tu frente, y brilla en tus labios la antigua sonrisa. Cómo se conoce que esta semana has pasado dos noches en

casa con el piano y con nuestra Susana. Y á propósito: si nada tienes ya con aquella mujer... ¿por qué te acercaste anoche á ella á la salida del teatro?

PABLO. (Con viveza.) Qué, ¿me visteis? Oisteis acaso?

COND. Nada pude oir. Cuando pasé junto á ella con Susana, nos miró y pronunció, sonriéndose, algunas palabras que no comprendí; pero noté en seguida que te acercaste á hablarla.

PABLO. Dejemos eso por Dios, madre mia. (Levantándose y con empacho.)

COND. (Con inquietud.) Ah!

PABLO. (Mudando de tono.) ¿No habeis visto al Coronel?

COND. Está en casa de la marquesa de Blinval.

PABLO. Permitidme que vaya á buscarle; tengo que hablar precisamente con él.

COND. (Deteniéndole.) Supongo que comerás hoy conmigo.

PABLO. No sé.

COND. (Procura sonreirse.) Ya ayer me abandonaste.

PABLO. Me fué imposible.

COND. Y mañana?

PABLO. Mañana? trataré de... No puedo asegurar... Me espera el Coronel. Hasta luego. (Besa la mano á su madre y se va.)

ESCENA V.

LA CONDESA, sola.

Esa turbacion... Á dónde irá? Si esa mujer vuelve á atraerlo! ¿Qué he de hacer? Procuremos acudir á tiempo. Voy á concluir mi carta. (Escribe.) «Os espero á las »cuatro. Es preciso que obtengais de él una promesa, »un sacrificio. Rogadle que no vuelva á la calle de »Breda.» Lo que estoy haciendo es grave; mezclar directamente á esa jóven... Establecer entre ella y mi hijo una relacion tan íntima!... Ya he pedido á Susana vagamente lo que acabo de escribir. Sin embargo, un escrito tiene algo de material, que da cuerpo á lo que pensamos... Por primera vez me asalta un temor. Si

llegaran á amarse... Bah! Susana está destinada á casarse con el discípulo de su padre: le amará, puesto que va á casarse con él, y por consiguiente no puede pensar en mi hijo; y en cuanto á Pablo... nada tendria yo que temer de la otra si pensara en Susana... (Se detiene.) Sin embargo, no debo enviar esta carta, no. (La rompe.)

ESCENA VI.

LA CONDESA, EL CORONEL, seguido de JAZMIN, ANTONIO y JUANA, que sacan flores.

COR. Tonteria como ella! voto va! Ea, poned esas hortensias en su sitio. ¿Vos aquí, hermosa Condesa? Mi mujer os espera en el jardin. Creí encontrar aquí al capitan.

COND. ¿No le habeis hallado?

COR. He venido por la puerta falsa, y él sin duda habrá tropezado en el jardin con Isabel y con Elisa. Si tuvierais la bondad de decirle que le aguardo aquí... Tenemos que hablar.

COND. De un negocio importante, segun parece?

COR. Cierto, muy cierto. En la vida, no todo son rosas; todo no es como vos. (La besa la mano: la Condesa se va.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos la CONDESA.

COR. Sois unos bergantes! Largo de aquí, si no quereis que os corte las orejas. ¿Quién es esta Flora? (Reparando en la muchacha, que está arreglando las flores.)

ANT. Se llama Juana, señor, y es mi novia.

JUANA. Sí señor, vamos á casarnos.

COR. Ah! vas á casarte? Fisonomia picante! Y, á quién has robado esos ojillos, picaruela? (Pasándola el brazo por la cintura.)

ANT. Pero, señor...

COR. Largo de ahí. Quieres impedirme que huela las rosas, imbécil? Voto á...

JAZMIN. Lo de siempre. Esa mezcla de ternezas y de juramentos.

JUANA. Vaya si es amable ese señor! (Juana se va.)

JAZMIN. Siempre jóven, mi Coronel.

COR. ¿Te crees tú viejo, Jazmin?

JAZMIN. Yo recuerdo la fecha en que nos conocimos en...

COR. ¿Y eso, qué significa?

JAZMIN. Significa que teneis sesenta años.

COR. ¿Quién lo ha dicho? Mi fe de bautismo, que no sabe lo que se pesca; jamás le he dado yo el menor crédito; soy en eso como las mujeres. Jazmin?

JAZMIN. Mi Coronel, si os fuera igual, desearía que no volvierais á llamarme Jazmin.

COR. Bueno; de aquí en adelante te llamaré... *La flor.*

JAZMIN. Una flor de mis años?... Más me gustaria otro nombre cualquiera, que no sea del reino vegetal, como dice el jardinero.

COR. ¿No te llamo á cada paso animal?... De qué te quejas? Jazmin! ¿Qué efecto te produce la vista de un matrimonio?

JAZMIN. Á mí? me da gana de conservarme soltero.

COR. Y á mí me pone como si tuviera veinte años.

JAZMIN. De más?

COR. No seas bárbaro! Como si no tuviera más que veinte años.

JAZMIN. Es decir, que se os olvida ese ataque de gota que sacásteis de vuestra última escapatoria?

COR. ¿Qué gota ni qué calabaza? Fué una neuralgia; cosa que se tiene en todas las edades, sobre todo en la juventud; y como... silencio! oigo pasos, será mi mujer; silencio: ya sabes que es más celosa!...

JAZMIN. Celosa? yo lo creo; sois demasiado jóven para ella, que tiene ya treinta y dos años nada ménos.

COR. Camastron! Pero no es ella, si no el capitan. Déjanos. (Vánse Jazmin y Antonio.)

ESCENA VIII.

EL CORONEL, PABLO.

COR. He visto á nuestro hombre y todo queda arreglado.

PABLO. Á qué hora?

COR. Á las dos.

PABLO. Armas?

COR. La espada. Tirais regularmente, eh?

PABLO. Soy discípulo de Robert. Y el sitio?

COR. Tardaremos en llegar á él ménos de diez minutos: en el bosquecillo de las encinas.

PABLO. Bueno.

COR. Voto al diablo! ya lo creo que es bueno! Bah, bah! y dicen que os habeis convertido en Catones, que ya no os batis! Ira de Dios! Yo que no he hecho otra cosa en mi vida! Magnífico! Conque le habeis arrojado el guante á la cara en el pórtico del teatro de la ópera, delante de todo el mundo? .. Verdad es que la *princesa* es bonita como un sol.

PABLO. Sí, es bonita. (Con indiferencia.)

COR. Bonitísima! Qué diablos! Hablais de ella con la modestia que el propietario, tratándose de una de sus fincas! ¿Y el motivo del lance?

PABLO. Me permitireis que lo calle.

COR. Qué diantre! eso no necesita explicacion. Erais el número uno de la bella Elena, lo que llamamos capitan por rigorosa antigüedad; os encontrais á Elena del brazo del número dos, que representa el ascenso por eleccion. Indignacion del número uno; vuelve á encenderse su amor. En aquel momento os parece divina, más divina que nunca, puesto que ha elegido á otro; todo eso es natural. Os acercais, echándola de galante; ella coquetea un poco; el número dos tiene celos; á una mirada se sigue una palabra, á una palabra un gesto, y ahí va el guante al rostro de vuestro rival, exclamando: Á la lid, y sea Venus el premio del vencedor No es esto?

PABLO. Precisamente. ¿Dónde nos reuniremos?

COR. Venid á buscarme aquí. ¿Teneis espadas á propósito?

PABLO. No señor.

COR. No importa; no os ocupeis en eso. Yo llevaré á la chispa y á la culebrilla.

PABLO. ¿Qué significa eso de la chispa y la culebrilla?

COR. Dos amigas que tengo ahí para estas ocasiones. Jazmin, tráeme á esas señoritas. Dos hermanas gemelas que saben su oficio como la primera. (Sale Jazmin con dos espadas de combate.) Aquí está la chispa. Eh! qué tal? qué finura! Se introduce sin sentir: pues y la culebrilla? No le falta más que hablar. Esta se cuela por cualquier parte. Oh! es lo más intrigante!...

PABLO. Las señoras vienen.

COR. Niñas, á esconderse, que viene gente. (Entrega las espadas á Jazmin, que se marcha llevándoselas.)

PABLO. Conque, á las dos?

COR. Á las dos en punto. (Váse Pablo.)

ESCENA IX.

EL CORONEL, LA CONDESA, ISABEL.

ISABEL. ¿Es posible que os hayan conmovido de tal modo unos cuantos renglones? (Á la Condesa, que saca un periódico.)

COR. Qué es eso?

ISABEL. Un artículo de la *Gaceta de los Tribunales* que he tenido la torpeza de enseñar á la Condesa, y que la ha producido una impresion tan dolorosa!...

COR. Con efecto, y lágrimas y todo!

COND. ¿Qué madre puede permanecer insensible á semejante escándalo? Esta sentencia alcanza á todas las madres! (Enseñando el periódico.)

COR. Ah! sí, el pleito de esa bailarina contra la marquesa de May. (Mirando el periódico.)

COND. La pobre madre creyó que ya le habia salvado; pero aquella mujer volvió á atraerle. Enferma el hijo; se hace llevar á casa de esa mujer; muere allí; ella recibe

su último suspiro. La madre reclama los restos mortales de su hijo, que habia hecho donacion de su cuerpo á aquella intrigante! Oh! Qué mujeres! Persiguen á nuestros hijos, hasta despues de muertos; aun en la tumba nos los arrebatan. Nos los deshonran al bajar al sepulcro!

COR. Bah! Se me figura que eso es tomar las cosas un poco por lo trágico, señora. Las madres de mis tiempos no se preocupaban de ese modo. En vez de desesperarse por esas *travesurillas* inevitables, se daban maña para evitar que llegasen á cierto punto.

COND. ¿Pero qué hacian? ¿Cómo?

COR. Hacian, lo que la marquesa de Blosac. Así que los hijos llegaban á la edad de... de las *tormentas*, ponian en su casa un para-rayos.

COND. Un para-rayos? Qué historia nos vas á contar?

COR. Una historia que nos vendrá muy bien, para disipar un poco la melancolia que nos ha causado el relato de la señora Condesa. Como iba diciendo. Así que el marquesito de Blosac llegó á la edad peligrosa, la buena madre instaló en su casa, á título de señorita de compañia, como entónces se llamaban, ó de lectora, un precioso para-rayos que encargó á Brientz... Veinte años, con el traje de su provincia; en aquel tiempo habia trajes todavia! Corpiño de terciopelo negro, ojos de terciopelo azul, falda corta, muy corta, un ángel en fin. Era imposible que el jóven no la amase, y más imposible aun, que se casara con ella. De modo que... ya entendeis. Sistema del inmortal Franklin. La marquesa hizo que el rayo cayera en su casa, para impedir que pudiera herir á su hijo en otra parte... Aplicacion de la física al amor maternal.

COND. Pero la jóven?...

COR. Oh! Ahí está lo más picante de la historia. La muchacha se enamoricó de otro, de uno de los amigos de la casa, y como el marquesito era poco diestro, al paso que yo tenia ya...

ISABEL. Cómo!... Tú?...

COR. Uy! qué es lo que he dicho? Que no lo sepa mi mujer, eh? (Á la Condesa.)

ESCENA X.

DICHOS, ELISA, luego SUSANA.

ELISA. Aquí está, aquí está ya, mamá.

COND. Susana!

SUSANA. He tardado?

ISABEL. No tal. Faltan diez minutos aun para la hora, querida Susana, y podemos hablar.

COR. Hermosísima Miss...

SUSANA. Señor Coronel... (Á la Condesa.) Os traigo traducida una preciosa carta de lord Welington.

ELISA. ¿Teneis frio? Quereis tomar algo (Á Susana.)

SUSANA. Nada, mi querida Elisa, gracias. Vamos á nuestra leccion.

ISABEL. No; hay tiempo todavia; antes tengo que deciros que os llevo á Normandia.

COND. Qué! quereis quitármela? No, por Dios!

COR. Veo que os disputais á Miss Susana, de un modo...

ISABEL. Nada más natural. Como que la explotamos.

COND. Explotarla?

ISABEL. Sin duda. Yo, para que de lecciones á mi hija. Y vos...

COND. Yo...

ISABEL. Para que os traduzca las memorias del general vuestro esposo. Pero no tengais cuidado; os prometo devolvérosla dentro de un mes. Ya sabeis que tampoco mi Elisa sabe vivir sin Miss Susana, que la quiere mucho.

ELISA. Que si la quiero? En los cuatro meses que hace que me enseña el inglés y la música, ha trasformado esta casa.

ISABEL. Lo que hace es mimarte demasiado.

ELISA. Así es que estoy tan contenta. Y ya ves que en cuanto á aplicacion no tienes de qué quejarte. Oh! y tambien

ha influido en papá, que, antes, se dormia acabado de comer, y ahora, las noches que viene aquí Miss Susana, está tan desvelado y tan contento...

ISABEL. Lo que aun no he podido comprender, es cómo el señor Bernad ha podido tener á su hija tanto tiempo en los Estados-Unidos, donde se ha educado, y por cuya razon la llamamos aquí Miss Susana.

ELISA. Pues yo fuí quien empezó á llamarla de ese modo.

SUSANA. La necesidad obligó á mi padre á enviarme á América. Pobre, y cargado entónces de familia, me confió al cuidado de una tia anciana, que habia establecido en Nueva-York un colegio. Á ella le debo mi educacion, y el hábito de trabajo que allí todos tienen, y á su lado he permanecido, hasta que cumplí veinte y cuatro años.

COND. En fin, trasformada en una *yankee*, no es verdad?

ISABEL. Con la sinceridad que aquí tienen las niñas de quince, y no ciertamente por ignorancia. Mi Elisa la llama Miss Susana, y yo Miss Sincera.

SUSANA. Por Dios, señoras, esos elogios, que no merezco...

ISABEL. ¿Conque, decididamente os venis con nosotros?

SUSANA. Hay que consultar antes con el *gobernador*.

ISABEL. Con el *gobernador!*

COR. ¿Qué quiere decir?

ELISA. Yo lo sé. Así llaman en América los hijos á los padres.

COR. Me gusta esa palabra. *El gobernador*! El representante de la autoridad, de la disciplina.

ELISA. No, papá; si allí no son los padres los que casan á las hijas.

COR. ¿Quién las casa, entónces?

SUSANA. Ellas mismas.

COR. Ellas mismas? Pero siempre habrá que contar con el permiso *del gobernador*.

SUSANA. Sí señor, despues.

COR. Cómo; despues? Despues que estan casadas?

SUSANA. No; despues que la jóven ha hecho su eleccion.

Cor. Ah! es la jóven la que elige?

Susana. Qué cosa más natural? No es ella la que se casa?

Cor. Sí, pero *el gobernador* es el que da la dote.

Susana. La dote? Y quién se la pide?

Cor. Cómo! En América las muchachas?...

Susana. En América no tienen las muchachas que comprar marido. El hombre honrado cree que estan ricamente dotadas, cuando aportan al matrimonio un corazon sano, y una vida sin tacha. Aquí, confieso que me ruborizo cuando oigo hablar de un casamiento; se me figura que estoy en un mercado. ¿Qué dote tiene? Tiene... y la novia es... lo que tiene.

Isabel. Qué nobleza en su mirada! (Á la Condesa.)

Susana. Estoy segura de que el Coronel cree que voy á malcriar á su hija.

Elisa. Á que no lo cree?

Cor. Nada de eso, no. Me gusta ese pais en donde los padres no dotan á las hijas.

Isabel. Y en donde las hijas pueden adquirirse su dote. (Mirando á Susana.) ¿Y es cierto que hay mujeres en América que ejercen la profesion de médico?

Susana. Como lo es que hay mujeres que enferman.

Cor. No me parece mal. Y con médicos de esa especie, aunque uno se ponga malo... Y cómo seguirán por la calle á las médicas... eh?

Susana. Las personas que llevan el mismo camino, sí.

Cor. Vamos, con franqueza; es imposible que...

Isabel. Mira, Elisa, anda á preparar tus libros para la leccion, que allá va Miss Susana. (Váse Elisa.) Ahora puedes continuar. (Al Coronel.)

Cor. Decia, que es imposible que algun pisaverde, de esos que hay en todas partes, al veros á vos, por ejemplo, tan graciosa, tan linda, con esos ojuelos, sola, no se haya atrevido á decíroslo.

Susana. Qué idea! (Riéndose.)

Cor. De veras? No os han hecho jamás una declaracion? Pues señor, veo que los americanos son unos salvajes.

Cond. Coronel!

sabel. Ni en vuestros viajes, ni en las calles de Nueva York, ha habido un solo hombre que haya intentado, viéndoos sola, deciros algo que os pudiera incomodar?

Susana. Faltar un hombre al respeto debido á una mujer!... En el momento hubieran acudido á defenderla, y á castigarle cuantos por allí pasaran, que tuviesen mujer, hijas ó hermanas.

Isabel. Decis, que hubieran acudido todos? Debia aprovecharse el libre cambio para importar á Francia esa costumbre.

Cor. No; aquí no se aclimataria.

Susana. Recuerdo, sin embargo...

Cor. Ah! Seguro estaba yo de que habia un sin embargo...

Susana. Asistíamos á un curso de Botánica cuatro ó cinco mujeres, tan solo, en medio de trescientos oyentes.

Cor. Cuatro ó cinco? Y los demas eran?...

Susana. Hombres todos. Hay por ventura más géneros, tratándose de personas, que el masculino y el femenino?

Isabel. Y estabais allí sentadas, entre trescientos hombres?

Susana. Se entiende; oyendo como ellos la leccion. De repente, y mientras tomaba yo algunos apuntes, ví que caia un papel, en forma de carta, que se detuvo sobre la manga de mi vestido.

Cor. Un billete amoroso?

Susana. Supongo.

Cor. Importacion francesa. Y qué dijeron los Cuáqueros?

Susana. Se promovió un gran rumor en la asamblea.

Isabel. Y vos, qué hicisteis?

Susana. Yo? Seguí escribiendo, y así que acabó el profesor, levanté el brazo de este modo, (Levantando el brazo izquierdo y haciendo lo que indica.) y soplé el papel como si fuera un insecto. Todo el mundo se echó á reir, resonaron mil aplausos en la cátedra, y el jóven tuvo que abandonar el local en medio de horrorosos silbidos. Eso fué lo que sucedió. (Todos se rien.)

Isabel. Perfectamente!

Cor. Esta mujer es encantadora.

SUSANA. (Mirando el reloj.) Las once. Voy á buscar á Elisita.
COND. ¿No quereis leerme, antes, esa carta de lord Welington? Isabel nos permitirá... No es cierto?
ISABEL. Estais en vuestra casa, querida Condesa.
COR. Es divina! (Se va con su mujer.)

ESCENA XI.

CONDESA, SUSANA.

SUSANA. Aquí creo que la he metido... (Buscándola en una bolsa.)
COND. (Acercándose á ella resueltamente, así que se quedan solas.) Querida Susana, es necesario que veais á mi hijo.
SUSANA. Le he visto.
COND. Que le hableis...
SUSANA. De la calle de la Breda? Ya está hecho.
COND. Cómo? cuándo?
SUSANA. Ayer, antes de ir al teatro. Estabamos solos y abordé la cuestion.
COND. Os atrevisteis?
SUSANA. Ví que lo deseabais tanto!...
COND. Y, qué dijo?
SUSANA. Dijo... dijo... Empezó por saltar de la silla en que estaba sentado; pero al cabo me prometió...
COND. Os prometió? qué? Cómo os compusisteis para?...
SUSANA. Oh! Empecé con ciertos redeos, porque, aunque no soy cobarde, tenia mi poco de miedo; tanto más, cuanto que lo que iba á pedirle era para mí un misterio, que vos no habeis querido explicarme.
COND. Ya, ya os lo explicaré. Proseguid.
SUSANA. Principié, pues, dándole gracias por lo que ha hecho por mí, ó á instancias mias; le felicité mucho por verle de mejor humor estos dias; y alentada por la expresion que en él noté entónces, llevada de mi propia emocion, acordándome de vos, le dije: «Señor conde, tengo que pediros un nuevo sacrificio.—¿Cuál?—Mi súplica va tal á pareceros indiscreta; pero no la oigais solo como si saliera de mi boca. Vuestra madre os habla tambien

en este momento. Prometedme que no volvereis á la calle de Breda.» Al oir esa palabra, se levantó con tal violencia, que me asustó; pálido como la muerte: en seguida replicó, con voz trémula: «¿Á la calle de Breda? Y sois vos quien me habla de la calle de Breda?—No me interrumpais, le dije, porque yo misma ignoro lo que os estoy pidiendo; lo que sé es que he visto llorar á vuestra pobre madre, y que si me prometeis no volver allá, vuestra madre os bendecirá y yo con ella.» Permaneció un momento en silencio; notábase grande agitacion en sus facciones; á poco me tomó la mano y exclamó: «Sois un ángel.» Aquello me pareció que queria decir *sí*.

COND. Un ángel, sí; bendita seais. (La besa.)

SUSANA. Vamos; y ahora quisiera saber, en recompensa de mi trabajo, qué tiene de terrible la calle de Breda.

COND. Ya lo sabreis todo, despues. Id ahora, querida, á dar la leccion á Elisa, que os está aguardando.

SUSANA. Y hasta la noche, no es así?

COND. Hasta la noche. (Se va.)

ESCENA XII.

SUSANA, luego el CORONEL.

SUSANA. ¿Dónde habré puesto la gramática inglesa? Ah! ya la veo... (Al volverse, ve al Coronel.)

COR. Está sola. Un momento, un momento... cruel!

SUSANA. Ah! teneis algo que mandarme?

COR. (Con un papel en la mano.) ¿Soplais los acrósticos como los billetes en prosa?

SUSANA. Los acrósticos? qué significa?...

COR. No os lo dicen mis miradas?

SUSANA. Vuestras miradas no me dicen absolutamente nada.

COR. Pues este papel os lo dirá. (Lee.) «Acróstico.

»Susana, si encantadora
»una invencible pasion
»supiste en mi corazon

»ardiente encender traidora...»

ESCENA XIII.

DICHOS, ISABEL.

COR. Mi mujer! (La da el papel.) No tengais miedo, que yo sé salir de estos apuros. (Á su mujer.) Llegas á tiempo, querida; te estaba esperando.

ISABEL. No lo parecia.

COR. Ven á ayudarme.

ISABEL. Á ayudarte?

COR. Sí; á decidir á esta señorita. He agotado toda mi elocuencia para persuadirla á que se venga con nosotros á Normandia.

ISABEL. Muy bien. (Con frialdad.) Precisamente yo venia á traerle esta cartera para que tenga la bondad de entregársela á su padre.

SUSANA. (Ese tono... Me creerá capaz?)

COR. Os dejo, pues. Á ver si eres más dichosa que yo. (Besa la mano á su mujer.) Tú, cuando quieres, sabes ser irresistible; demasiado lo sé; ya sabes que lo sé demasiado. (Así las deslumbra uno...) (Váse.)

ESCENA XIV.

DICHAS, ménos el CORONEL.

ISABEL. ¿No aceptais? (Dándole la cartera.)

SUSANA. Lo siento, pero no me es posible. (Un poco agitada.)

ISABEL. Por qué?

SUSANA. Por qué? Tomad, señora. (Le da el billete.)

ISABEL. ¿No teneis otro inconveniente más?... (Despues de leerle.)

SUSANA. ¿No basta ese?

ISABEL. Pues entónces, tomad, y gracias. (Dándole la cartera.)

SUSANA. Cómo? (Asombrada.)

SUSANA. Ya sabia yo lo que estaba escrito ahí.

SUSANA. ¿Lo sabiais, y siendo tan celosa como dicen

ISABEL. Celosa?

SUSANA. ¿No lo sois?

ISABEL. (Bajo.) Absolutamente nada.

SUSANA. Es posible? (Muy sorprendida.)

ISABEL. Chit! No tan alto, no me descubrais; porque es preciso que él esté persuadido de que soy muy celosa. Es el único medio que tengo para contenerle un poco. Me da tanta lástima el pobre!

SUSANA. Pero...

ISABEL. Pero no entendeis lo que estoy diciendo? Nada más sencillo. Tenia yo diez y seis años, cuando me casé con el Coronel, que pasaba ya de cuarenta. Me casé con él por gratitud, porque habia sido el mejor amigo de mi padre. Juré hacerle dichoso, y no me ha costado trabajo cumplir mi promesa. Es tan bueno... Es el padre de mi Elisa!... Lo malo es que mi marido ha sido en sus tiempos muy buen mozo... ¿Os admirais de oirlo?

SUSANA. No por cierto.

ISABEL. De veras? Pues bien; él no lo olvida un solo instante: y un hombre que se acuerda de que ha sido guapo, es como el que se acuerda de que ha sido ministro. Se empeña en que sigue siéndolo. Vamos, ese recuerdo es en ellos indeleble, como un sacramento. Así, que no tardé en convencerme de que el Coronel no dejaba sus antiguas mañas.

SUSANA. ¿Con una mujer como vos se ha atrevido?...

ISABEL. Sí, hija, sí; á todo, y continuamente.

SUSANA. Y ya retirado y á sus años tambien?

ISABEL. Desde que se retiró está terrible. Ya se vé, un héroe que no tiene nada que hacer... En veinte leguas á la redonda, apenas hay castillo ni casa de campo donde no haya tenido amores. Figuraos lo que me habrá hecho pasar.

SUSANA. Oh! ya comprendo.

ISABEL. Tenia un miedo de que en esas correrías le sucediera algun percance!... Así que salia de casa estaba temblando siempre verle volver paralítico, ó con alguna pierna rota de alguna caida, porque ya se tiene mal á

caballo. Pero la idea de que pudiera servir de irrision por ahí, es lo que sobre todo me atormentaba. En fin, ahora que os venis con nosotros, ya nada tengo que temer.

SUSANA. ¿Que nada teneis que temer?

ISABEL. Enamorado dentro de casa de una buena muchacha, amiga mia, que no le hará mucha burla, ¿qué mejor?

SUSANA. Para él no digo; pero lo que es para mí...

ISABEL. No estoy yo aquí para defenderos? Ademas de que ya el pobre no es peligroso. Os hará versitos, os comparará con una rosa temprana, os llamará cruel...

SUSANA. Ah! Eso no puede ser. Yo no consentiré...

ISABEL. Solo os pido unos cuantos dias de paciencia. Ya se acerca el tiempo de las nieblas y con ellas los accesos de gota que le dan; y cuando tiene gota, no quiere á nadie más que á mí. Conque, quedamos en que venis, eh? Ya sabeis que Elisa os necesita; sabeis ademas lo que ella y yo os queremos.

SUSANA. Cuando el Coronel dice que su mujer es irresistible, estudiado lo tiene.

ISABEL. Ya sabia yo que triunfaria. No hay madre que no sea un Tayllerand. Conque os venis? Gracias, gracias.

ESCENA XV.

DICHOS, LA CONDESA, sacando al CORONEL y muy agitada.

COND. Lo he oido!

COR. Pero, señora...

COND. Os digo que lo he oido.

ISABEL. Pero qué es ello? Esa turbacion...

COND. Un desafio! Mi hijo va á batirse!

SUSANA. Él?

COND. El Coronel es su padrino! Me lo habeis dicho.

COR. Pero, os juro que...

ESCENA XVI.

DICHOS, JAZMIN, con las espadas, que las oculta al ver á las señoras.

JAZMIN. Aquí estan, mi Coronel.

COND. Esas espadas!...

COR. Pues bien, voto al diablo! Qué extraño es que un capitan se bata?

COND. Oh! No es el peligro á que se expone lo que más me extremece. Mujer de un general, madre de un oficial, debo acostumbrarme á verle hacer el sacrificio de su vida; y cuando el deber lo ordena, me callo; pero este lance...

SUSANA. Por qué se bate?

COR. Por qué?... por qué?... Voto á un cañon! ¿Por qué se bate siempre un jóven de veinte y cinco años?

SUSANA. Cómo?

COR. Y qué pálida está la preciosísima Miss! Envidio la suerte del bribonzuelo del capitan.

COND. Coronel!

COR. Vamos, vamos; á qué vienen esas lágrimas? Hay nada más agradable que salir á batirse en un dia de sol por una bella?

SUSANA. Por una bella?

COR. Tranquilizaos. Antes de un cuarto de hora os le traigo vencedor. (Va al foro á tomar las espadas.)

ISABEL. Pero oye... (Siguiéndole.)

COR. Nada hay que temer.

SUSANA. Qué mujer es esa por quien se bate? (Á la Condesa, que se queda con ella en el proscenio.)

COND. La de la calle de Breda! Vos sois ya mi única esperanza. (Se echa en sus brazos.)

COR. «Brilló en la lid su espada vencedora.»
(Váse por el foro blandiendo las espadas.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Sala modesta en casa de un tallista en madera. Muebles sencillos, aunque de gusto artístico. Objetos de arte sobre los muebles y en las paredes: modelos de madera, medallas, etc. Una puerta, á la izquierda, que comunica con el taller, y otra en el foro. En el centro una mesa, con objetos de la profesion; banco, con instrumentos del oficio, en el foro, á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

BERNARD, luego JOSÉ.

BERN. (Trabajando en el banco.) Todavía hay que afinar esto mucho. Ya vamos, ya vamos consiguiendo algo. Cuando digo que el año sesenta ha de ser bueno para mí!

JOSE. (Saludándole, al salir, con afectada gravedad.) ¿El señor Bernard? El famoso tallista?

BERN. (Levantándose y en el mismo tono.) Servidor, caballero. Pero no conoceis al señor José Dupont? al ilustre discípulo del señor Bernard?

JOSE. (Con mucha amabilidad.) Servidor.

BERN. Pillastre! (Afectuosamente y riéndose ambos) Ea, siéntate, que tenemos que hablar... del arte, que es lo que quiero más en este mundo.

JOSE. (Sentado.) Es decir, más, despues de...

BERN. Despues de mi hija, de mi Susana. Amigo, la he tenido separada de mí tanto tiempo!... le debo doce años de cariño, con los intereses correspondientes.

JOSE. Y despues tambien de...

BERN. De mi hermana, es claro; la pobre Marta, que vino á instalarse en casa, cuando perdí á mi mujer; y como tiene veinte años ménos que yo, abusa de esa circunstancia para quererme como hermana y como hija á un tiempo.

JOSE. Y tambien despues de...

BERN. De tí.

JOSE. Pues ya lo creo; no faltaba más sino que mi maestro no me quisiera y mucho.

BERN. Es verdad, que Susana y tú?... (Riéndose.)

JOSE. (Turbado.) Qué?...

BERN. Vamos, hombre, no hay que temblar por eso; todo se arreglará. Sabes que mi libreria va á la exposicion de Lóndres?

JOSE. Nada más justo. Es una obra maestra! Pues aun hay más, mucho más. (Levantándose.)

BERN. Pero aquí charlando nosotros, y aun no ha vuelto Susana.

JOSE. Y son las dos y media dadas.

BERN. La intimidad de Susana con la Condesa de Brignoles no me gusta. Las hijas de los artesanos no deben ser amigas de las condesas, que tienen hijos de veinticinco años. ¿Pero qué estoy diciendo? ¿no tengo por ventura confianza en Susana? No sabe mis proyectos respecto de ella y de José? Soy un insensato. Ea, sepamos qué noticia es esa que querias darme.

JOSE. Una gran noticia.

BERN. Qué aire de triunfo!

JOSE. La cosa no es para ménos. La señora Condesa de Brignoles ha conseguido...

BERN. La Condesa?...

JOSE. ¿No es la providencia de esta casa? No es la que os ha

proporcionado las obras que haceis para el ayuntamiento? Pues bien; tampoco se ha olvidado de mí, y, por su mediacion, me han nombrado maestro supernumerario de la escuela de dibujo.

BERN. Á tí? Oh! qué fortuna! Conque ya puedes declararte?..

JOSE. Sí señor.

BERN. Me alegro! porque hasta ahora estabas haciendo el enamorado más raro, que he visto en mi vida. (Riéndose.)

JOSÉ. (Turbado.) Cómo?...

BERN. Es claro. Apenas te atrevias á mirar á Susana; y lo que es hablarle... ya, ya!... Digo! ni aun á mí me has confiado!... como que si no lo adivino...

JOSE. Verdad es que jamás me he atrevido...

BERN. Por delicadeza: lo comprendo ahora. En fin, no te creias con títulos para aspirar... Pero hoy... un profesor de la escuela de dibujo, nada ménos!...

JOSE. Sí, señor; ahora hablaré... pero...

BERN. Qué temes? Tienes celos acaso?...

JOSE. Celos yo?...

BERN. Seria una locura; pero tener celos y estar loco es una misma cosa. Y si es el condecito...

JOSE. Cómo?...

BERN. No, eh? (Vamos, está visto que soy un majadero.) Aquí viene Marta; el ángel consolador de la casa.

ESCENA II.

DICHOS y MARTA.

MARTA. ¿Quién se aprovecha de mi ausencia para llamarme ángel?

BERN. Yo. Quién se encargó de cuidar y educar á mis dos hijos, cuando se quedaron sin madre? ¿Quién me consoló cuando los perdí á los dos, en ménos de seis meses? ¿Quién, si no tú? ¿Quién?

MARTA. ¿Cuántas veces os lo ha contado? Jesus! qué habladores son los hombres! En fin, no disputemos por eso. Soy un ángel; pero no volvamos á hablar más del asunto, y

tratemos del buen José, que necesita que yo me ocupe en arreglar los suyos, si ha de hacer algo bueno.

JOSE. Señora Marta, esa acusacion...

MARTA. ¿Creerá el señor José que yo soy ciega?...

JOSE. No por cierto; pero...

MARTA. El señor José quiere mucho á mi hermano.

JOSE. Que si le quiero?...

MARTA. Ciertamente que sí; pero mi hermano, á pesar de sus cincuenta años y de su talento, no ha reparado lo que Marta, que... aunque solo tiene treinta, es mujer, y sabe más que él de estas cosas.

JOSE. ¿Pero, qué hay que reparar?

MARTA. El negocio no es tan fácil como se cree. Por lo ménos hay que emplear en él algun tiempo. Susana es encantadora; el señor José no es feo; pero tampoco tiene nada de bonito.

JOSE. Yo no presumo...

MARTA. Es un hombre, como cualquiera...

BERN. Pero tiene lo que más aprecia Susana; tiene talento; un buen porvenir... Antiguamente no eran las artes industriales lo que hoy. Este será lo que yo no he podido ser.

JOSE. Yo?

BERN. El escultor de hoy, bien educado, instruido, puede ser un artista, lo mismo que un artesano. El de mis tiempos, privado, como yo, hasta de los primeros rudimentos de educacion, ignorante como yo, grosero como yo...

JOSE. Oh! no os calumnieis de ese modo!

BERN. Lo que hago es juzgarme. Yo aprendí á leer cuando ya tenia treinta años.

MARTA. Cierto. Me acuerdo bien que ya tenia canas, y el valor de asistir á la escuela.

JOSE. ¿Pero cómo es posible que un hombre de esa inteligencia?...

BERN. Amigo, mi padre tuvo necesidad de sacar partido de mí á los siete años, y lo poco que sé, lo poco que valgo,

he tenido que conquistarlo palmo á palmo y con mucho trabajo!

JOSE. ¿Y os quejais, habiendo llegado á ser lo que sois?

BERN. Dios me ha dado la energia necesaria para no sucumbir, como mil otras inteligencias delicadas, en tan rudo combate.

MARTA. Cierto. Y á todo esto, no ha vuelto Susana todavia!

JOSE. No señora, y son las tres.

MARTA. Y á dónde fué?

BERN. Á casa del Coronel, y luego á la de la Condesa.

MARTA. Ah! entónces vendrá tarde.

BERN. Se me figura que no te hace mucha gracia la Condesa. (Con inquietud.)

MARTA. Á mí?

BERN. Cuando es tan buena con Susana!

MARTA. Oh! muy buena!

BERN. Y en cuanto á su hijo, á quien Susana da lecciones de inglés...

MARTA. Sí; es maestra de un capitan de caballeria...

BERN. (Con mayor inquietud) Qué diablos tienes hoy tú?

MARTA. Yo? Que no me gusta que Susana ande sola, corriendo por las calles de este condenado Paris.

BERN. Tal es la suerte de las muchachas pobres. (Procurando sonreirse)

JOSE. No comprendo bien ese temor; cuando la señora Marta, que en resumidas cuentas tiene cinco ó seis años más que Susana, sale y entra sola, sin el menor empacho.

MARTA. Yo? eh? Esa es otra cosa. Yo tengo un talisman.

LOS DOS. Un talisman?

MARTA. Mi cara.

JOSE. Cómo?

MARTA. Miradme bien. Se me figura que siendo tan fea como yo.

JOSE. Fea? Y os atreveis á decir...

MARTA. Quien se atreve á decirlo es esta. (Señalando el rostro.)

JOSE. Lo que dice es... (Con viveza.)

MARTA. Dejémonos de cumplidos, querido sobrino.

JOSÉ. No tal; es una injusticia, y á vuestra edad...

MARTA. Mi edad! mi edad! vaya un mérito! Ser fea á los sesenta años, nada tiene de extraño; lo raro es serlo á los treinta. (Con alegria.)

BERN. Vamos, vamos, que si lo creyeras no lo dirias con esa alegria.

MARTA. Es que me alegro mucho de serlo.

BERN. Disparate!

MARTA. No hay nada más cómodo. Una mujer jóven y fea como yo, es lo mismo que un muchacho, que es lo mejor que hay que ser en este mundo. Hace cuanto se le antoja; va á todas partes... Si yo fuera bonita, no podria ir á paseo del brazo del señor José, sin que en seguida dijeran todos... «Eh, dos amantes.» Y ahora, cuando nos ven, dicen, «son dos hermanos...» las feas pasamos siempre por hermanas.

BERN. El que sin tí lo pasaria muy mal soy yo; sin tí, que te sacrificas, que no vives más que para tu hermano.

MARTA. Es claro; vivo sin amor! En fin, cuando tanto se habla del amor, de la necesidad de amar, será cierto que existe y... Pero en cuanto á mí, puedo asegurarte que no lo conozco.

ESCENA III.

DICHOS y SUSANA.

SUSANA. Aquí me teneis.

MARTA. Gracias á Dios!

SUSANA. Buenas tardes, querido padre. Hola, señor José! No me riñas (Á Marta.), eh? He tenido que detenerme en casa del Coronel por un acontecimiento...

BERN. Muy divertido, á juzgar por tu alegria, un poquito así mezclada de asombro.

SUSANA. Cierto; confieso que he pasado un susto! pero ahora estoy más contenta. Un desafio! No puedo deciros lo que ha ocurrido, pero ello es que todo ha terminado

felizmente y que con ese motivo se improvisó una fiesta.

MARTA. ¿Con muchos convidados?

SUSANA. No; los amigos de la señora de la casa; la Condesa de Brignoles, su hijo...

BERN. Y has cantado?

SUSANA. Sí señor.

MARTA. Con quién?

SUSANA. Con el conde de Brignoles; despues hemos valsado.

BERN. Tambien has valsado?

MARTA. Con quién?

SUSANA. Con el conde. (Gesto de Marta y de Bernard.) Y en fin, para coronar la funcion, tengo que dar á mi padre una buena noticia. ¿Qué es lo que más deseais en este mundo?

BERN. Que te cases: es necesario que te cases. (Con fuerza.)

SUSANA. Bien; ya hablaremos de eso. (Con ligereza.)

BERN. ¿De veras? (Gozoso.)

SUSANA. Sí; pero antes, leed esta carta de la señora de Vernier. (Se la entrega.) Me da mil francos por acompañarla á una posesion que tiene cerca de Dieppe. No estaremos más que un mes... Hé aquí los mil francos. (Dale un billete.) Con ellos se va mi padre á la Exposicion de Lóndres con Marta, y lo ve todo. Á la vuelta, pasa por Dieppe; se está un par de dias con nosotros, y negocio concluido. Yo regreso de aquí á un mes y...

BERN. Y arreglaremos entónces lo de tu casamiento?...

SUSANA. Todo se andará. (Riéndose.)

BERN. Oyes? (Ap. á José.)

JOSE. Sí señor.

ESCENA IV.

DICHOS, EL CORONEL.

COR. (Dentro.) Cosa magnífica! asombrosa!

SUSANA. Qué?

COR. La libreria! la gran libreria! La he visto. Amigo, es ad-

mirable! El señor Bernad es un gran escultor. Todas sus obras son preciosas. (Mirando á Susana.)

BERN. Muchas gracias, señor Coronel.

COR. Abajo se han quedado las señoras viendo la libreria, como si estuvieran en el teatro.—«El autor, el autor!» exclama el público, y yo vengo á buscarle.

SUSANA. Señor Coronel, permitidme que os presente á mi tia.

COR. Vuestra tia? Esta señora no puede ser tia.

SUSANA. Sí tal.

COR. Una tia, es una especie de... de vieja con papalina y gafas... Pero con ese pelo, con esos ojos, imposible!

SUSANA. Sin embargo...

COR. Lo que querais; pero esta señora no es una tia. Apuesto á que tiene muy buena voz, á que canta como vos, como un ruiseñor!...

MARTA. Canto poco.

COR. Y son los armoniosos ecos del forte piano, ó los vibrantes acordes de la lira, los que se mezclan á los dulces acentos de esa voz?

MARTA. (Qué quiere decir este hombre?) (Ap. á Susana.)

COR. Conque, nos cedeis á vuestra hija por un mes?

BERN. Es decir... aun...

COR. Basta! (Tenerla en casa con licencia temporal!) Pues señor, hoy ha sido gran dia. El desafio del capitan...

BERN. Un desafio?

COR. No os lo ha contado Miss Susana? La vuelta del vencedor! El baile improvisado. El capitan le ha dado una magnífica estocada. Verdad es que la culebrilla nunca se porta de otro modo. No sabeis quién es la culebrilla?... Ea, vámonos abajo.

BERN. ¿Vienes con nosotros? (Á Susana.)

SUSANA. Quisiera escribir una carta.

MARTA. Yo tambien me quedo.

COR. Hasta luego, pues, bellas damas. Hasta luego. Vamos? (Vánse.)

ESCENA V.

SUSANA, MARTA.

MARTA. ¿Supongo que no te impediré que escribas?...

SUSANA. No tal, voy á poner dos letras á la señora Condesa. (Escribe. Marta arregla las flores.) «No ha sido por ella por »quien se ha batido, sino por vos. Una palabra, que »pronunció cuando pasasteis junto á ella, le llenó de »indignacion; provocó al jóven que le acompañaba pa»ra castigarla, y para vengaros. Ya veis que nada te»neis que temer, puesto que no piensa en ella.» Ya está: voy á dar esta carta... (Se levanta.)

MARTA. ¿Qué necesidad hay de eso? (Le toma la carta.) Francisco? (Sale Francisco.) Inmediatamente á casa de la señora de Brignoles. (Váse el Criado) (Ea, abordemos la cuestion. No es fácil, pero...)

SUSANA. ¿Qué estás ahí refunfuñando entre dientes?

MARTA. Tengo que decirte una cosa y no sé cómo.

SUSANA. Á mí?

MARTA. Á tí. Pero antes, voy á hacerte una pregunta. ¿Piensas casarte con José?

SUSANA. Yo? Jamás he pensado en semejante cosa.

MARTA. Pues él te ama.

SUSANA. Que me ama?...

MARTA. No lo has conocido?

SUSANA. No por cierto. Pobre muchacho!

MARTA. Basta, basta. Cuando le llamas pobre muchacho, ya ha perdido el pleito. Tratemos de tí ahora, querida Susana. Mil veces me has oido ponderar la conveniencia de ser fea. ¿Sabes la segunda parte de esa verdad? Pues consiste en los graves inconvenientes que proporciona el ser bonita.

SUSANA. Confieso que no comprendo...

MARTA. Entendámonos. La hermosura es un atractivo más, para una jóven de la alta sociedad, rica, y casada con un hombre tan rico como ella; pero es un peligro cons-

tante para una muchacha pobre, soltera, y que tiene por precision que andar sola por esas calles. Pues bien; tú, querida Susana, eres demasiado hermosa para pobre.

SUSANA. Que soy hermosa? De veras? Tanto mejor!

MARTA. Veo que mi sermon te ha hecho efecto!...

SUSANA. ¿Pero, qué peligro puede haber en eso? Á mí todo el mundo me recibe con cariño.

MARTA. Precisamente en eso consiste. No estamos aquí en América, y todo francés tiene algo de los antiguos trovadores, que le hace pensar en dos cosas, así que se ve á solas con una muchacha bonita, pobre y libre, á saber: en arreglarse la corbata y el cabello primeramente, y en hacerle la córte en seguida.

SUSANA. Bah! Y quién te ha enterado á tí?...

MARTA. Mi talisman, que es el que me sirve para todo. Como á las feas no nos miran, podemos observar á las otras, y así he aprendido yo esos secretillos. Tú, por ejemplo, sabia profesora, vas á consultar á un abogado ó á un médico, ó á un literato; en la primera visita te hacen mil cumplidos; á la segunda te llaman mi bella cliente, á la tercera te deslizan un billetito amoroso, te aprietan la mano, ó se echan á tus pies, segun la fecha del consultado. Los hombres del imperio se arrodillan siempre, á riesgo de no poderse levantar.

SUSANA. Sí; esos viejos locos de quien todo el mundo se rie.

MARTA. Son costumbres nacionales. Pues, si tienes que presentarte á solicitar algo en las oficinas de una de esas grandes industrias, aunque sea en la de un camino de hierro, todos los empleados te protejen, se desviven por complacerte; al segundo dia los subalternos te echan piropos, y el jefe del personal te besa la mano.

SUSANA. ¿Que me besa la mano?

MARTA. De seguro. ¿Quieres que se contente con lo que sus inferiores? Luego te acompaña á ver al ministro...

SUSANA. Qué? tambien los ministros?...

MARTA. Esos no. Los ministros estan exentos de esas pequeñas debilidades. Sus funciones son una especie de sacerdocio. Se respetan á sí mismos, te respetan á tí, en consecuencia, y nada tienes que temer de ellos. Pero á escepcion de los ministros y... acaso de los senadores, todos los demas, jóvenes ó viejos, ricos ó pobres, bonitos ó feos, empleados ó industriales, civiles ó militares, todos lo mismo; todos son trovadores; todos te amarán, á su manera, casi ninguno desinteresadamente, aun cuando sea *un capitan*.

SUSANA. Un capitan? (Turbada.)

MARTA. Sí; y pues ya está dicho, basta de digresiones y al asunto. ¿Crees que si el conde sube con tanta frecuencia los ciento y pico de escalones que hay desde el portal aquí, es por aficion á las esculturas de tu padre?... Sube, porque está enamorado de tí.

SUSANA. Ya lo sé. (Sonriéndose.)

MARTA. Lo sabes?

SUSANA. Como que me lo ha dicho.

MARTA. Y tú?...

SUSANA. Yo tambien le amo.

MARTA. Y se lo has dicho?

SUSANA. ¿Qué habia de hacer, habiéndomelo preguntado?

MARTA. (Esta muchacha responde de una manera!) Y supongo que habrás hablado de eso á tu padre?...

SUSANA. Todavia no: es un secretillo.

MARTA. ¿Es decir que tu padre ignora que el conde te ama?

SUSANA. ¿Y qué mal hay en eso? Lo sabrá á su tiempo.

MARTA. ¿Cuándo llamas tú, á su tiempo?

SUSANA. Así que fijemos el dia de nuestro casamiento.

MARTA. (Asombrada.) ¿Pero, crees que el conde de Brignoles quiere casarse contigo?

SUSANA. ¿No lo he de creer, sabiendo que me ama?

MARTA. ¿Y no tienes más pruebas?

SUSANA. ¿Se necesitan más, por ventura? Cuando un hombre honrado declara su amor á una mujer y ella le corresponde, ya se sabe...

MARTA. Se casan, y negocio concluido?... Si todos los que se declaran de ese modo se hubieran casado!... Se conoce, querida Susana, que vienes del otro mundo.

SUSANA. ¿Qué otro designio podria tener el conde que el de casarse conmigo?

MARTA. ¿Qué otro designio?... (Hace unas preguntas!...) Pero tú te olvidas de que eres hija de un artesano? ¿de que nada tienes?

SUSANA. ¿Y eso qué importa?

MARTA. ¿Y la madre del conde?

SUSANA. Oh! En cuanto á su madre, estoy segura de que no desea otra cosa.

MARTA. ¿Qué?

SUSANA. Me lo ha dicho de mil modos.

MARTA. ¿Qué, te lo ha dicho?

SUSANA. Decírmelo, así precisamente de palabra, no; pero me lo ha significado con hechos. ¿Para qué se empeña en que esté siempre en su casa?

MARTA. ¿Para qué?...

SUSANA. ¿Para qué me quiere tener constantememte al lado de su hijo? ¿Para qué me hace tomar parte en todos sus asuntos? Comprendes tú, ni nadie, que pueda hacerse todo eso con otra mujer, que con la que ha de ser su hija?... Pero qué tienes, Marta, lloras?

MARTA. Lloro, sí. Susana, cuánto me haces sufrir!

SUSANA. Yo? Explícame...

MARTA. No, no, imposible! no quiero creerlo. (Con fuerza.) Una mujer respetable... una madre! Oh! seria horrible! En cuanto á él... los hombres son capaces de todo, y mi deber es quitarle la máscara. Susana, el conde no quiere casarse contigo, y no se casará.

SUSANA. Dices que Pablo no me ama?

MARTA. No digo eso; creo por el contrario, que está loco por tí.

SUSANA. ¿Pues entónces, qué dudas?

MARTA. No dudo. Estoy segura de que no se casará. Ahí le tienes.

ESCENA VI.

DICHAS, PABLO.

PABLO. Mi madre está abajo, y yo aprovecho esta ocasion de veros un momento. (Muy alegre y dirigiéndose á dar la mano á Susana, que le detiene.)

SUSANA. Señor conde, he creido siempre y sigo creyendo que sois incapaz de mentir.

PABLO. Me haceis justicia, Susana; ¿pero qué quiere decir?...

SUSANA. Os ruego que repondais terminantemente á la pregunta que voy á dirigiros.

PABLO. Hablad.

SUSANA. ¿Es cierto que al venir á esta casa, al decirme que me amabais no estábais decidido á casaros conmigo?

PABLO. Cómo?

MARTA. (Tiene un modo de zanjar las cuestiones!...) (Ap.)

SUSANA. Responded, sin rodeos. Es verdad?... Sí ó no?

PABLO. Es verdad. (Despues de una breve pausa.)

MARTA. (Sinceridad extraña!) (Ap. asombrada.)

SUSANA. Gracias por vuestra franqueza... y adios, señor conde:

PABLO. Dignaos escucharme. No he acabado aun, y deseo que vuestra tia me oiga tambien. Sin duda habeis olvidado la manera tan prosáica, tan poco teatral con que nos vimos por primera vez? Yo no la he olvidado, porque aquel encuentro casual ha decidido la suerte de mi vida. Volvia yo de una caceria á algunas leguas de la capital, y al subir á la diligencia fuí á pagar mi asiento y noté que habia perdido el bolsillo. Fuí á dar una tarjeta al conductor, cuando una señorita que iba en el coche me rogó que la permitiera pagar por mí.

MARTA. Eras tú?...

SUSANA. Le ví apurado y traté de sacarle del lance. Qué cosa más natural?

MARTA. Cada vez comprendo ménos á mi sobrina!

PABLO. Razon teneis. Solo ella encuentra natural todo lo bueno que hace. Pues ¿lo creereis, señora? Los hombres somos tan neciamente presentuosos, que no comprendí...

En vez de apreciar la admirable ingenuidad, la compasion desinteresada de aquel acto, mi fatuidad me hizo sospechar que habia hecho una conquista repentina. Así es, que, cuando me presenté por la primera vez en esta casa, entré en ella como vencedor, creyéndome irresistible.

SUSANA. (Con dignidad.) Señor conde!...

PABLO. Mi error merece disculpa, Susana; á él le debo haberme acercado á vos, haberos conocido, y poder apreciar hoy en lo que valen, vuestros encantos. No podeis figuraros el efecto que en mí han producido esa mezcla de un entendimiento tan claro y cultivado, de un alma tan cándida, y de un carácter tan alegre, como enérgico... Desde que os conozco os amo, Susana, por vuestras prendas personales, por vuestras virtudes, por vuestra inocencia, por haberos juzgado mal un solo momento, y, en fin, porque me habeis salvado...

SUSANA. Yo?...

PABLO. Una sola mirada vuestra hizo este milagro. Al penetrar en mi corazon vuestro amor casto, desalojándolo del impuro afecto de que era presa, empecé á respirar, á dejar de avergonzarme de mí mismo. Brilló para mí un puro, radiante sol, que me sacó de repente de las tinieblas en que yacía sumido. Sí; pasé del más horrible de todos los suplicios, del suplicio de amar á un objeto despreciable, á la más pura de las dichas, á la de respetar á la mujer á quien se ama.

SUSANA. (Á Marta.) Oyes? Lo oyes?

MARTA. Sí; pero veamos el desenlace. Y vuestra madre? (Á Pablo.)

PABLO. Mi madre? Va á subir aquí, ¿no es verdad?

SUSANA. Sí.

PABLO. Pues bien, yo la recibiré y le pediré, ahora mismo, su permiso para nuestro enlace.

SUSANA. Cómo?

MARTA. Ahora mismo? (Pues, señor, no lo entiendo!)

SUSANA. Siento pasos...

PABLO. Es ella; dejadnos.

SUSANA. Marta?...

MARTA. Sí, vamos; es un buen muchacho, convenido. Pero veremos en lo que esto acaba.

PABLO. Ahí está, dejadme, y confiad en mí.

ESCENA VII.

PABLO, LA CONDESA.

COND. Susana... ¿No está aquí?

PABLO. No, madre mia: acabo de rogarla que nos deje solos un momento.

COND. Tú?

PABLO. Sí, señora, porque tengo que hablaros de ella.

COND. De Susana?

PABLO. Sentémonos. (Lo hacen.) ¿Y por qué he de dudar? Lo que tengo que deciros lo sabeis y lo deseais como yo. Amo á Susana, y os pido vuestro consentimiento para casarme con ella.

COND. Con Susana? (Levantándose.) Estás loco?

PABLO. Cómo?

COND. Con la hija de un menestral?

PABLO. Es un artista. Un artista distinguido!

COND. Bien; de un artista: y qué?

PABLO. Pero...

COND. Calmémonos. (Se sientan.) Sé, hijo mio, lo que vale Susana, sé lo que la debo; la estimo, la quiero, y haré, para que sea dichosa, todo cuanto pueda; todo, excepto el sacrificio de lo más caro que hay para mí en el mundo; excepto el sacrificio de mi hijo y de mi deber.

PABLO. De vuestro deber?

COND. Ya sabes que la memoria de tu padre preside á todas mis acciones; que es mi conciencia. Pues bien. . ¿qué haria tu padre si viviera? Renegaria de tí, antes de consentir en esa union. Te responderia que de esas alianzas solo nacen humillaciones y dolores. Yo pienso como él, y como él te digo... jamás llamaré á Susana hija mia.

PABLO. Entónces, ¿por qué la habeis traido á vuestra casa?

COND. Por qué?... Por sus gracias, por su talento, porque necesitaba de su auxilio.

PABLO. ¿Y cuándo visteis nacer mi amor?

COND. Sabia que estabas locamente apasionado de otra.

PABLO. ¿Y al notar que ella correspondia á mi cariño?

COND. Eso jamás me preocupó. Sabia que su padre la destinaba á ser esposa de ese muchacho, de ese José.

PABLO. Ah! no, no; eso no es posible. Vos sois mujer, madre mia, sois madre, y no habeis podido cerrar los ojos á la evidencia. Por fuerza habeis leido en nuestros corazones.

COND. (Levantándose.) ¿Y tú has podido olvidar lo que pasaba en el mio? Has podido olvidar que estaba loca de dolor? Dios es testigo de que al introducir á Susana en mi casa, no hubo de mi parte cálculo ni premeditacion. Y si despues he sospechado algo de lo que dices...

PABLO. ¿Qué habeis hecho para conjurarlo, qué?

COND. Aparté de mí esa sospecha como una injuria que hacía á Susana. Creí que ella no podia amarte; que tú mismo no hacias más que pagar tributo á un encanto pasajero, y que... ó por mejor decir, ni aun á formular me atreví sobre ello mi pensamiento. Te veia á tí, á tí solo, en peligro. Habias caido en un abismo: hallé un medio para sacarte de él, lo empleé inconsiderada, como única salvacion. Por tí, por salvarte lo hice todo: acúsame en buen hora, si te atreves á hacerlo.

PABLO. ¿Por salvarme? Y si la hubierais perdido á ella?

COND. Oh! la conozco demasiado para temerlo.

PABLO. ¿Y si hubiera sucedido á pesar de todo?

COND. No me preguntes, por Dios!

PABLO. Si yo viniera hoy á deciros: «Esa jóven ha perdido su honra por culpa vuestra.»

COND. En ese caso...

PABLO. Entónces consentiriais?... Y la desdeñais, no quereis llamarla vuestra hija, porque se conserva honrada?

COND. Pues bien; será egoismo, iniquidad, si quieres, como

la hay en todas las pasiones; pero ese mismo amor que por tí siento, y que ha sido causa de mi imprudencia, hace imposible que pueda repararla. Si hoy cediera yo, si te diese mi consentimiento, mañana me maldecirias; y prefiero ser culpable yo, á que tú seas desgraciado. (Se sienta.)

PABLO. ¿Sabeis lo que dijo aquella mujer anoche á la salida de la ópera, al veros pasar con Susana?... «Madre complaciente!... exclamó, lleva en su mismo coche, á su lado, á la querida de su hijo.»

COND. Oh! imposible!

PABLO. Eso dijo. ¿Os negareis ahora á dar el nombre de hija á la desventurada, cuya honra habeis comprometido?

COND. ¿Pero no ves que lo que me pides es tu desgracia?

PABLO. No; os pido vuestra justificacion.

COND. Basta, pues que así lo quieres; puesto que me obligas, á fuerza de implacables reconvenciones, sea; repararé mi falta. Puedes casarte con Susana; cásate con ella.

PABLO. Qué oigo!

COND. Me pedias mi consentimiento... Te lo doy!

PABLO. Ese acento me aterra!

COND. Y cumplido ya este deber, no olvidaré que me resta otro que llenar. No olvidaré, que si he podido oponerme á lo que creo tu desgracia, no debo dejar que se lleve á cabo, sin una enérgica protesta moral.

PABLO. ¿Qué tratais de hacer, madre mia?

COND. Yo no cuento con otros medios de subsistencia, mas que la parte de tu patrimonio que me cedes. Á no ser por tí, tu madre seria pobre y yo era feliz, siendo rica por mi hijo; pero al contraer un enlace, que tu padre maldeciria, si te casas con Susana... yo no puedo, no quiero aceptar tus dones. Escoge entre ella y yo.

PABLO. Ah! señora! Habria impiedad en encadenarme de tal modo, al dejarme libre en la apariencia!... ¿Me dais vuestro consentimiento obligándome á que renuncie á él? ¿Es esa, señora, vuestra decision terminante?

COND. Inmutable, como mi ternura por tí.

PABLO. Adios, pues. (Besándole la mano.)
COND. Á dónde vas?
PABLO. Á buscar la muerte á África. (Se va.)
COND. Hijo mio! Pablo! Ah! (Viendo á Susana.)

ESCENA VIII.

CONDESA, SUSANA.

SUSANA. He oido, señora, vuestras últimas palabras, y la condicion que le habeis impuesto era inútil, porque nada teniais que temer.
COND. Cómo?
SUSANA. El orgullo de las familias ricas ó aristocráticas, consiste en rechazar, como indigna, la alianza con una jóven, que no tiene otros títulos, ni más dote, que su honra; el orgullo de las pobres, rechaza á su vez la mano que se le tiende por mera compasion y ruborizándose. Yo levantaré tal *barrera* entre vuestro hijo y yo, que nada tendrá que temer por él vuestra ternura.

ESCENA IX.

DICHOS, BERNARD, MARTA, JOSÉ.

SUSANA. Tengo, padre mio, que daros una buena nueva.
BER. ¿Y qué es ello? Veamos.
SUSANA. Así que volvais de vuestro viaje á Lóndres con Marta, os espera una gran felicidad.
BER. Cómo?
SUSANA. No deseais sobre todas las cosas, casarme con José?... Mi tia me habla sin cesar (Á José.) de vuestro afecto. Pues, mi mano es vuestra.
JOSE. Qué oigo? Será cierto! (Muy conmovido.)
BER. Qué alegria!
MARTA. Pobre muchacho! la emocion... (Acuden á José Marta y Bernard.)
SUSANA. Estareis ya tranquila, señora?... (Á la Condesa.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena pasa en una sala baja de la quinta del Coronel Vernier, cerca de Dieppe. Chimenea en el foro, con cristal encima, sin azogar. Dos puertas en las ochavas del foro que dan al campo; otras dos laterales, una del cuarto del Coronel y otra del de Susana.

ESCENA PRIMERA.

EL CORONEL, MARTA, ELISA, BERNARD, sentados, SUSANA al piano.

ELISA. Nada, nada: es cosa resuelta. En dos dias no dejamos salir de aquí, ni al señor Bernard, ni á su hermana.

BERN. Pero, es que...

ELISA. No faltaba más! Desembarcar esta mañana en Dieppe, despues de treinta dias de ausencia y apenas llevais en casa dos horas, ya quereis dejarnos, ó llevaros á Miss Susana!...

MARTA. Ya volverá aquí: pero ¿no quereis que la vea el pobre José?

ELISA. Sí, José va á venir.

MARTA. Aquí?

ELISA. Vendrá de Paris en el tren de la una. Ya hemos man-

dado enganchar el carruaje para ir á buscarle á la estacion.

MARTA. Pero cómo se sabe?...

ELISA. Pues si él mismo le ha escrito á Miss Susana...

SUSANA. Y, por cierto, una carta muy singular. (Se levanta.)

MARTA. Lo creo: es el novio más estrafalario!... La alegria le ha vuelto el juicio. Figuraos, señor Coronel, que el dia que salimos de Paris, al despedirse, me hizo seis ó siete declaraciones, á mí!... y hasta me llamó bonita y todo!... Bonita, á mí!...

COR. (Ap.) Esta mujer vale más de lo que se cree.

ELISA. Con que decididamente, os quedais?...

BERN. Temo, sin embargo...

ELISA. Aquí no se admiten réplicas. Mi padre es coronel; yo mando á mi padre, con que todo el mundo tiene que obedecerme. Así lo exige la disciplina militar.

COR. Y ademas teneis que contarme algo de la exposicion de Lóndres. Es preciso que hablemos mal de esos condenados ingleses.

BERN. Por lo visto, no los quiere mucho el señor Coronel, á pesar de lo que vamos acercándonos mútuamente, á favor de esos grandes campamentos industriales. Al ver tantas máquinas útiles, quiere uno batirse, para ver quien hace más bien á la humanidad. Los odios se borran, cesan las hostilidades; se ensancha el corazon! No quiere uno ménos á su pais, pero no aborrece á los extranjeros.

COR. Siempre he dicho que esas exposiciones no sirven más que para desmoralizar á las masas. (Se rien.)

MARTA. Esas palabras merecen una medalla!

COR. (Ap.) Cuando digo que esta mujer es muy picante!...

ESCENA II.

DICHOS, UN CRIADO.

CRIADO. Está el coche.

BERN. Me permitireis, señor Coronel, que vaya á esperar á José?

COR. Y en mi coche; pues no faltaba más!...

BERN. Hasta luego, Susana.

ELISA. Hasta luego. (Váse, con el Coronel y Bernard.)

ESCENA III.

SUSANA y MARTA.

MARTA. Por fin podremos hablar. ¿Y el conde?

SUSANA. No he vuelto á verle desde mi entrevista en casa con su madre.

MARTA. Es posible?

SUSANA. Salí de Paris una hora despues que vosotros, con la familia del Coronel, dejándole escrita una carta, concebida en estos términos: «Os devuelvo vuestra pala»bra; me caso con el señor José Dupont. Tales son los »deseos de mi padre, que estan de acuerdo con los »mios. Cuando llegue á vuestras manos mi carta, esta»ré ya en camino para Inglaterra con mi padre. »Adios.»

MARTA. ¿Y nada más le decias? Ni una sola palabra, para justificarte?

SUSANA. Eso hubiera sido ponerle en lucha con su madre, y yo no quiero ser, ni el objeto, ni el precio de una contienda de esa especie.

MARTA. Pero, ¿y él? ..

SUSANA. Habia resuelto marchar á África, y, así que recibió mi carta, partió.

MARTA. Estás segura?

SUSANA. Sí; y no hablemos más, por lo tanto, de ese triste pasado. No sabes el mal que me hace!

MARTA. Hablemos, pues, del porvenir. ¿Sigues resuelta á casarte?

SUSANA. Más que nunca; y si ese muchacho me ama en efecto...

MARTA. De eso te respondo yo. Piensa en tí.

SUSANA. ¿En mí? Yo no tengo más que un deseo. Huir de este mundo, que no es el mio. Quiero salir de él, por medio de un matrimonio honrado y oscuro, en que he de hallar la felicidad... no lo dudes, librándome de esos mentidos elogios, de esas insulsas, cuanto ofensivas galanterias, de que es aquí una soltera perpétuo blanco. Oh! bien dices; los hombres!...

MARTA. Los hombres son una raza abominable!

SUSANA. Apenas hace veinte dias que estoy en esta aldea, y todos me hacen aquí la córte.

MARTA. No tiene nada de particular.

SUSANA. El suprefecto, el ingeniero del distrito, el administrador de contribuciones...

MARTA. Vamos, todas las autoridades constituidas...

SUSANA. Y si fuera eso solo; pero aquí tambien...

MARTA. El Coronel?...

SUSANA. No me ve una vez que no me haga una declaracion. Mira; aquí tienes una muestra de sus cartas. (Le da una.)

MARTA. «Celestial Susana.» Justo! Estilo de mil ochocientos once, del año del cometa!...

SUSANA. En cuanto me quedo sola cinco minutos en la sala, allí se encaja.

MARTA. Y requiebro al canto, eh?

SUSANA. Ya conoces la violencia de mi padre, y si llega por casualidad á sorprender al Coronel...

MARTA. Á tus pies? Tienes razon. Pues bien... espera, que yo voy á libertarte de tu *trovador*. (Va al foro.)

SUSANA. Cómo?

MARTA. Por ahí anda culebreando. Sin duda viene á buscar la respuesta á su epístola. Yo se la daré.

SUSANA. Pero reflexiona...

MARTA. Déjame con él. Oh! á mí no me asustan los veteranos de la antigua guardia!

SUSANA. ¿Qué vas á hacer?

MARTA. Él ha sido coronel de húsares? Pues le voy á dar una carga de caballeria en toda regla.

SUSANA. Estás loca?

MARTA. Anda, vete y déjame. (Váse Susana.)

ESCENA IV.

MARTA y el CORONEL, sale de puntillas.

MARTA. ¿Sabeis que lo que acabais de hacer es abominable?

COR. ¿Con quién habla?

MARTA. «Susana celestial, os negareis á dar entrada en esa alma inocente...» (Repitiendo lo de la carta.)

COR. Mi carta!

MARTA. ¿Qué habeis pensado de nosotras?

COR. (Ap.) (Esta mujer es original.)

MARTA. ¿No os da vergüenza? Un coronel, á esa edad, con una mujer como la vuestra, con una hija tan linda!...

COR. Qué entusiasmo! qué ojos!

MARTA. Responded, responded; decid, que no sois el más... el más... En fin, basta; de esa raza maldita?...

COR. Lo dicho; es encantadora, divinísima! (Acercándose á ella.)

MARTA. ¿Qué es lo que dice?

COR. Que no he visto en mi vida palmito más provocativo que el vuestro.

MARTA. Eh?

COR. Ni miradas más asesinas!

MARTA. Está loco?...

COR. Loco de amor por esos ojos. Y ese sermoncito, esa cólera, esos brazos cruzados, esos golpecitos de pie y esos ojazos, que me quieren devorar, todo eso es tan mono, tan goloso, que no puedo contenerme, y voy á daros un abrazo estrechísimo.

MARTA. Os atreveriais?...

COR. Yo me atrevo á todo. (Abrazándola.)

MARTA. Insolente!

COR. Adios, lindísimo predicador! Preciosa mujer! Me gusta decididamente. (Se va.)

ESCENA V.

MARTA, luego SUSANA.

MARTA. Mónstruo! Insolente! Me ahogo!
SUSANA. Hola! se marchó? Y qué tal efecto le ha hecho tu sermon?
MARTA. Un efecto admirable! Me he lucido!
SUSANA. Por fin, ¿qué me aconsejas que haga?
MARTA. No sé en este momento; lo único que sé es que me ha dado...
SUSANA. Qué?
MARTA. Un abrazo.
SUSANA. Cómo! Se ha atrevido?...
MARTA. Sí, hija, sí; eso es lo que he ganado por servirte. Lo que siento es no haberle dado un buen bofeton; pero no se irá sin él.
SUSANA. Qué estás diciendo, Marta?

ESCENA VI.

DICHAS, ISABEL.

ISABEL. (En tono de broma.) Se puede entrar?
SUSANA. ¿En vuestra casa, señora?
ISABEL. Razon de más para no estorbaros.
SUSANA. Estorbarnos?...
ISABEL. (Llevando á Susana á un lado.) Tengo que pediros un favor.
MARTA. (Turbada, desde que salió la Condesa.) Y yo voy á...
ISABEL. No, no; podeis quedaros, porque tambien conoceis al jóven de quien se trata.
MARTA. (Tranquilizándose.) Ah! con que se trata de un jóven?...
ISABEL. Sí; se trata de un casamiento.
SUSANA. De casar á Elisa?... Ah! cuán dichoso será su marido!
ISABEL. Así lo espero. Es un proyecto antiguo de familia, que vuelve á renacer; con el conde de Brignoles.
SUSANA. (Turbada.) Con el conde de?...

MARTA. (Malo!) (Ap.)

ISABEL. Haca ya mucho tiempo que su madre y yo pensamos en ese enlace; pero el hijo permanecia en una reserva tal, que yo no me atrevia á hablar del asunto, hasta que hace tres dias me escribió la Condesa, que vendrian hoy los dos á tratar conmigo de ese proyecto.

MARTA. Hoy? Yo creia que el conde estaba en Africa...

ISABEL. No, viene ahora de Inglaterra.

MARTA. Ah! ya comprendo.

ISABEL. Estan en Dieppe desde antes de ayer; pero lo que me inquieta es un anónimo que he recibido, y en que me hablan de cierta pasion del capitan.

MARTA. De una pasion?

ISABEL. Y, aunque anónimo, el aviso no deja de darme cuidado. La carta no designa persona, pero...

ESCENA VII.

DICHOS, ELISA.

ELISA. Mamá, ya está ahí.

ISABEL. El conde?

ELISA. Acaba de apearse de su caballo en la verja de la quinta. ¿Os ha dicho ya mamá?... (Á Susana.)

SUSANA. Qué?

ELISA. Que no quiero hacer nada sin consultaros?

SUSANA. ¿Cómo?

ELISA. Estoy segura de que no seré feliz como no siga vuestros consejos. Mamá dice que ha recibido una carta que la tiene disgustada. Yo no sé lo que contiene esa carta, ni quiero saberlo; pero quiero que vos la leais.

SUSANA. Yo?...

ELISA. Quiero que esteis aquí; que oigais al conde de Brignoles, cuando le pregunten, si es que le preguntan. Os advierto, que no me caso si vos no me lo aconsejais.

ISABEL. Ya lo ois...

ELISA. Me escapo, y me llevo conmigo á vuestra tia.

MARTA. (Á Susana, bajo, al irse con Elisa.) Valor!

SUSANA. (Ap. á Marta.) Lo tendré.

ESCENA VIII.

ISABEL, SUSANA, EL CORONEL y PABLO.

COR. Adelante, adelante; os estan esperando.

PABLO. (Á Isabel y mirando á Susana: ap.) Señora... Aquí está; no me han engañado.

ISABEL. Y venis solo?... Cómo es eso?... No tendremos el gusto de ver á la Condesa?

PABLO. Me he adelantado á caballo algunos instantes y no tardará en venir. Señorita... (Á Susana.)

ISABEL. Os habrá sorprendido encontrar aquí á Miss Susana?

PABLO. No señora; creia que se hallaba en Inglaterra, donde he procurado hallarla, en vano; pero supe hace tres dias que esta señorita vivia aquí en vuestra compañia y celebro haber llegado á tiempo para felicitarla por su casamiento. Esta señorita se casa, segun me han dicho?...

COR. Y hoy mismo llega aquí el novio.

SUSANA. Y me caso dentro de un mes.

COR. Es decir, que podrán verificarse las dos bodas á un tiempo.

ISABEL. (Qué estás diciendo?) (Al Coronel.)

COR. ¿Y á qué andar con misterios? Si Miss Susana está al corriente de todo. ¿No parece imposible que tenga yo ya una hija en disposicion de casarse, eh? Increible parece!

ISABEL. No la tengo yo?... (Sonriéndose.)

COR. Tambien es verdad. En fin, ya he hablado con el capitan de tus temores, y hemos quedado en que todo ello no vale nada; absolutamente nada.

PABLO. Ah! sí; esa acusacion anónima, esa carta...

ISABEL. Que me tenia, en efecto, muy inquieta, y acerca de la cual queria hablar con el señor conde; pero luego habrá tiempo.

PABLO. ¿Por qué no ahora mismo, señora?

ISABEL. Cómo!... Quereis?...

PABLO. Justificarme cuanto antes.

SUSANA. (Ah! no puedo resistir más!) (Ap. y va hácia la puerta.)

PABLO. No, señorita; hacedme el favor de quedaros... os lo ruego encarecidamente.

SUSANA. Se trata, segun creo, de negocios que no son de mi competencia... (Disimulando su turbacion.)

ISABEL. No, no os marcheis. (Deteniéndola y ap.) Ya sabeis que Elisa se ha de atener en todo á vuestros consejos. Quedaos, y observad. (Le da un album.)

PABLO. (Ap.) (Es el único medio de leer en su alma.)

SUSANA. (Ap.) (Nada podrá ver en mi rostro.)

COR. Habla, querida, habla. (Sentándose todos.) Las mujeres hacen de cualquier cosa un negocio de importancia.

ISABEL. Pues bien, señor conde. Esta carta os acusa.

COR. Le acusa de haber sentido una pasion?... Miren qué cosa tan particular! Bah, bah! Someter á un interrogatorio á un capitan de cazadores á caballo, por un amorcillo póstumo!... Pues si á mí me hubiesen hecho!... si les hubiesen hecho... he querido decir, otro tanto en mis tiempos!... Es un absurdo!...

ISABEL. Mis escrúpulos no son irracionales, ni excesivos. Sé muy bien que las pobres mujeres tenemos que resignarnos á ser siempre sucesoras de algunas otras; no nos casamos más que con viudos!

COR. (Ap.) Bonita frase! me gusta!)

ISABEL. Sé que el hombre puede... y hasta *debe*, segun dicen, haber tenido algunas aventuras antes de casarse.

COR. Ciertamente! ciertamente! Con lo cual se consigue que no las tenga despues.

ISABEL. No siempre.

COR. Em?

ISABEL. He dicho, que no siempre.

COR. (Con cierto empacho.) Alguna vez... pocas... muy pocas... suele ocurrir... pero, es rarísimo que...

ISABEL. Pero si he de dar crédito á esta carta, no se trata aquí de un amorcillo pasajero, que se desvanece por com-

pleto ante el matrimonio, sino de uno de esos lazos funestos que le sobreviven; de uno de esos amores indestructibles, que lo *destruyen*.

COR. Estoy seguro de que todo ello no vale dos cominos, y últimamente...

PABLO. No señora, no; yo no he sentido una de esas pasiones que acabais de pintar con tanta energia.

COR. Qué decia yo?

PABLO. Han sido dos.

ISABEL. Cómo?

COR. (Ap.) (Dos?... Me reconozco!... me agrada este yerno!)

PABLO. Dos, sí: una, insensata, por una criatura indigna de mi madre y de mí: la otra, por una mujer encantadora, que parecia la imágen misma de la pureza. (Con dolor.) Pues bien, señora; el amor que debí temer fué aquel... el amor honesto!

ISABEL. ¿Cómo?

SUSANA. (Valor, corazon, valor.) (Ap. conteniéndose.)

PABLO. Me separaban de ella mil obstáculos. Todo lo atropellé, para llamarla mi mujer! Preguntad á mi madre!... preguntadle, cuál fué mi dolor, mi arrebato... preguntad, si no la hice derramar lágrimas al echarme á sus pies, para arrancarle su consentimiento... Preguntadle, si no la aterró oirme, casi amenazarla, al negarme su permiso... Ah! sí; por ella; por esa mujer llegué casi...

ISABEL. Basta, señor conde; basta: la amais aun. (Se levanta.)

PABLO. No, señora.

ISABEL. La amais aun. Apelo al corazon de todas las mujeres. Á vuestra madre, á Miss Susana misma.

SUSANA. Á mí!...

PABLO. Pues bien; sea: acepto por juez á esta señorita. Que diga si puedo seguir amándola, despues de una accion como la que me ha desgarrado el corazon.—(Á Susana.) En el momento en que yo prescindia de todos mis deberes por ella... un instante despues de haberme jurado amor eterno, ofrecia su mano á otro!...

COR. Á otro? Hola! conque hay un segundo galan en campa-

ña?... (Sexo encantador!... pero voluble, hoy, como siempre!...)

PABLO. (Á Susana.) ¿Os parece muy cruel, no es verdad? Pues no es nada todavia.... Despues he vuelto á verla. (Con tiernísima emocion.) Ha sido testigo de mi dolor; ha oido el grito de mi pasion... y... ha permanecido fria, impasible, como una estátua! Yo no le pedia amor, puesto que ama á otro; le pedia un movimiento de simpatia; una débil muestra de recuerdo!... (Susana permanece inmóvil.) Una mirada de compasion... (Susana sigue lo mismo.) Y... nada! nada!—(Á Isabel.) Podeis confiarme sin temor el porvenir de vuestra hija, señora. Lo pasado no existe ya en mí... no volverá á vivir, porque ha muerto á manos del desprecio.

SUSANA. (Ap.) (Ah! me muero!)

PABLO. (Ap.) (Ni un gesto! nada! Pero no importa; no la creo capaz de tal alevosia.)

COR. (En el foro.) Ya tenemos aquí el coche de la señora Condesa.

ESCENA IX.

DICHOS, EL CORONEL, ELISA, despues BERNARD.

ELISA. Mis Susana, Mis Susana! venid... aquí está vuestro padre. (Aparece Bernard, pálido, deshecho.)

SUSANA. (Corriendo á él, al verle.) Padre mio! qué teneis?

ISABEL. Esa palidez!...

BERN. Acabo de recibir un golpe terrible!

ISABEL. ¿Y dónde está José?

BERN. Ahí, en el jardin con Marta.

SUSANA. Pero qué teneis? En nombre del cielo! Qué ha sucedido?

ISABEL. Decidme, por Dios!

BERN. No puedo hablar, más que á la señora Condesa.

ESCENA X.

DICHOS, LA CONDESA.

COND. Á mí?

BERN. Sí, señora... Es una conversacion indispensable entre los dos.

ISABEL. Os dejamos, pues.

BERN. Por un instante nada más.

SUSANA. Y yo tambien?

BERN. Tú... tambien. (Vánse todos por la izquierda.)

ESCENA XI.

LA CONDESA, BERNARD.

COND. ¿De qué se trata, señor Bernard? Ya os escucho.

BERN. De la reputacion... de la honra de mi hija, señora Condesa.

COND. Y quién puede hacer el menor agravio á su reputacion? Quién puede empañar su honra?

BERN. Dícese en alta voz que mi hija es *la dama* del conde de Brignoles... y que si se casa con José, es para mejor ocultar sus relaciones con vuestro hijo.

COND. Es una infamia!

BERN. Yo lo he oido... yo mismo, hace una hora... en Dieppe... en el jardin público... de boca de esa Lorenza... de esa cortesana!

COND. ¿Qué importan tales calumnias? ¿Quién ha de creerlas?

BERN. Quién? José, que ya las cree.

COND. José?

BERN. Que retira su palabra.

COND. Qué decis?

BERN. Ignoro cómo ha llegado ese rumor á sus oidos; no sé si esa mujer ha hecho que se lo digan. Lo que sé, es que cuando llegó, en cuanto le hablé de su casamiento, me declaró que le era imposible dar la mano á mi hi-

ja... Ah! es preciso que yo lo sepa todo; y á vos, señora, os toca responderme.

COND. Cómo!...

BERN. Aquí no hay ya gran señora ni hombre del pueblo, sino un padre que habla á una madre... sí; á una madre es á quien va á interrogar.

COND. ¿Interrogarme, á mí?... acerca de qué?

BERN. De ella... de él... de vos!... No hay calumnia que no tenga su punto de partida. ¿Qué relaciones existian entre vuestro hijo y Susana? Yo lo ignoro, porque jamás los veia juntos. Pero vos ibais con ellos al teatro, al paseo. ¿Cómo se trataban?

COND. (Con empacho.) Como se tratan dos personas de buena educacion. Tenian relaciones amistosas...

BERN. Nada más?

COND. (Ofendida.) Nada más. Podeis creer?..,

BERN. Que mi hija es culpable? Si lo creyera, ya la hubiera muerto! No, señora, no! Pero, sin llegar á cometer una falta, apelo á vuestra conciencia, no han podido amarse? ¿No habeis sorprendido entre ellos?... Perdonad, (Llorando.) perdonad... os he ofendido!... Pues qué? si hubierais notado la menor cosa ¿no me lo hubierais advertido? ¿No habriais defendido á mi hija contra vuestro hijo, contra ella misma? Oh! soy un ingrato! Perdonadme, señora... porque soy muy desgraciado!

COND. (Conmovida.) Señor Bernard!

BERN. Un mes hace que vivo lleno de sorpechas... de sombras, de temores... y voy á confesároslo... Todo me inquieta... hasta vuestra actitud conmigo en este instante!...

COND. Qué quereis decir?...

BERN. (Con fuerza y mirándola.) Por qué os hacen esa impresion mis palabras? Por qué evitais encontrar mis miradas? Por qué, en fin, cuando os hice la primera pregunta, por qué en vez de jurarme...

COND. De juraros ¿qué? ¿Que Susana es la criatura más noble que conozco? Os lo juro. Que es un infame cualquiera que la acuse, sea quien fuere? Os lo juro! ¿Que el hombre

que se atreva á desdeñarla, es... ó un insensato ó un cobarde? Os lo juro!

BERN. Pues bien; jurádselo á José.

COND. Yo! al señor José?...

BERN. La va á acusar delante de vos... Vos, señora, debeis defenderla delante de él. (Ve á José.) Héle aquí: pongo mi honra en vuestras manos.—Acércate, José.

ESCENA XII.

LA CONDESA en el proscenio, BERNARD en el foro. Aparece JOSÉ, luego MARTA, despues EL CORONEL, ISABEL, ELISA, SUSANA y PABLO

COND. (Qué es lo que va á decir?)

BERN. (Va á la puerta del cuarto de Susana.) Ven, Susana.

COR. ¿Qué sucede aquí? La señorita Marta estupefacta!...

MARTA. Y no sin razon.

BERN. Vais á saberlo todo, señor Coronel.—(Á José.) José: mil veces me has hablado de tu agradecimiento, del cariño que me profesas.

JOSE. Y que os conservaré mientras viva, señor Bernard!

BERN. No te pido más que una prueba.

JOSE. Cuál?

BERN. Que me respondas francamente.

COND. (Ap.) (Soy perdida!)

BERN. ¿Por qué te niegas á aceptar la mano de Susana, despues de haberla deseado tanto?

TODOS. (Sorpresa general.) Qué dice?

BERN. La verdad; Susana, tu matrimonio se ha deshecho.

SUSANA y PABLO. (Gozosos.) Deshecho!

BERN. (Mirándolos á los dos.) (Esa exclamacion de alegria!)

ELISA. (Bajando al proscenio.) Que se ha deshecho! Y por qué?

MARTA. (Lo mismo.) Á que no lo adivina ninguno de los presentes? José no quiere casarse con Susana, porque está enamorado de otra.

BERN. Es verdad lo que dices?

COND. Cielos!

ELISA. De otra! Preferir otra mujer á Miss Susana! Y quién es esa otra? Sepamos quién.

MARTA. Yo, señorita. Acaba de declarármelo, hace un momento. Ya veis si son estúpidos los hombres.

COR. Oh! no tan estúpidos; no tan estúpidos!...

COND. (Ap.) (Me he salvado!)

MARTA. Si le hubiérais oido decirme con voz temblorosa y con los ojos arrasados en lágrimas...

JOSE. (Con viveza.) Que vuestro talento y ese corazon...

MARTA. Volvemos á empezar?... Está loco! En fin, dicen que sucede lo mismo siempre que á un hombre se le ocurre enamorarse de una fea.

COR. Es mucha gracia la suya!

MARTA. Sin duda el esfuerzo que tiene que hacer, porque al fin, hay que contrariar las reglas de la naturaleza, transforma su pasion en una enfermedad aguda. (Todos se rien.) En vez de reiros, lo que teneis que hacer es ir á pedirle perdon á Susana.

JOSE. Mi fatuidad no llega hasta creer que mi desamor ha de poder ocupar un instante á Miss Susana. Vale tan poco lo que va perdiendo!...

MARTA. Que lo que yo voy ganando no vale gran cosa?... Vamos, siquiera es sincero. Pero cuidado, que yo no he dicho que sí, todavia.

JOSE. (Acercándose á ella.) No soy exigente; esperaré hasta...

MARTA. Hasta cuándo?

JOSE. Hasta que vos misma vengais á pedirme mi mano.

MARTA. Acepto el partido.

BERN. (Gozoso.) Adónde vas?

JOSE. Lo sabreis de aquí á un momento. (Va hácia el foro.)

MARTA. Y con qué contais para decidirme? (Siguiéndole con Elisa.)

JOSE. (Aléjase en el mismo sentido, siguiéndole Marta, Elisa, el Coronel y la Condesa, que van hácia el foro tambien.) Conmigo. No he de apelar á otros medios de seduccion que á los mios propios.

MARTA. Miren el seductor! (Riéndose.)

COR. Es digno de ella! (Riéndose. José en el foro y fuera ya de la estancia. Elisa y Marta inmediatas á él. El Coronel y la Condesa en el umbral de la puerta. Bernard los sigue, pero está algo más cerca del proscenio.)

PABLO. (Acercándose á Susana, que ha permanecido en primer término, y á media voz.) Ah! seguro estaba de que Susana no me habia vendido!

SUSANA. Señor conde!

BERN. (Oye la última palabra de Pablo y vuelve.) Vendido!

PABLO. Mírame!... Vea yo tus ojos que no saben mentir!

BERN. (Baja rápidamente á colocarse entre los dos.) Mírame!!

SUSANA. Padre!

PABLO. Cielos!

BERN. Conque era verdad, desgraciada?

PABLO. Señor Bernard!

BERN. Esa cortesana tenia razon.

SUSANA. Oidme, padre mio!

BERN. Vete! Sal de aquí! (Terrible.)

TODOS. ¿Qué es eso? Qué sucede? (Aparecen todos sucesivamente, atraidos por el ruido. Al ver á la Condesa, que ha entrado la primera con el Coronel, se lanza á ella Susana.)

SUSANA. Que mi corazon estalla! Que desde esta mañana me veo obligada á disimular... á mentir... y todos esos misterios... todas esas sospechas me agobian y me humillan. Es necesario que se sepa la verdad y que yo aparezca á los ojos de todos, tal como soy. Justificadme, señora Condesa.

MARTA. (Por fin...)

SUSANA. (Á la Condesa.) Es verdad, que yo no he faltado á ninguno de mis deberes?

COND. Es verdad.

SUSANA. Es verdad, que me habeis dado motivo para creer que quériais concederme el título de hija?

COND. (Despues de un corto esfuerzo.) Es verdad!

SUSANA. Lo es, por fin, que, cuando supe que me desdeñabais, quise poner entre vuestro hijo y yo una barrera eterna

á costa de mi vida acaso?... Que huí de donde estabais?

BERN. Oh! soy un miserable! (Corriendo á ella y abrazándola amorosamente.) Perdóname, hija mia! Acusarte á tí! perdona, perdona!

SUSANA. Padre querido!!...

ELISA. Pero, por qué desdeña la señora Condesa á Miss Susana?

BERN. (Con presteza.) Por qué? Yo os lo diré. Porque es hija mia. Oh! no creais que trato de acusar por eso á la señora Condesa, tiene razan; esos enlaces no son buenos, ni para la aristocracia, ni para el pueblo.

COR. Este hombre tiene buen sentido!

BERN. Estais en vuestro derecho; haceis bien no queriendo casar á vuestros hijos con nuestras hijas. Pero, ¿haceis bien en ir á sacarlas de nuestro hogar?... ¿haceis bien en querer que sirvan de mero pasatiempo á vuestros hijos? en deshonrarlas, para salvarlos de alguna pasion peligrosa? Ah! no; eso seria profanar el más puro de todos los sentimientos!... eso seria, deshonrar el amor maternal!

PABLO. Señor Bernard!

COR. Tiene demasiado buen sentido!

COND. Dejadle acabar.

BERN. Hablo, como habla la gente de mi clase. Decidme, señora; ¿cómo se llamaria esa accion en el lenguaje de vuestra sociedad?

COND. Allí, como en todas partes del mundo, eso se llama «un crímen!» Tal vez podria yo contar con el perdon de las madres... pero, cuando una persona, que tiene buena alma, reconoce que ha cometido un crímen, no debe pensar más que en repararlo. Señor Bernard... ¿quereis darme la mano de Susana para mi hijo?

TODOS. Cómo! Ah!

ELISA. Ay papá! qué fortuna! Así me quedo yo sin casar!

ESCENA XIV.

DICHOS, JOSÉ con una carta en la mano.

JOSE. Victoria! victoria!
TODOS. Qué es eso?
JOSE. Es que... oid lo que dicen nuestros comisionados de la Exposicion.
MARTA. Oigamos lo que dicen.
JOSE. «El Jurado ha concedido la gran medalla de primera clase al escultor francés Julio Bernard.»
BERN. Será verdad?
MARTA. (Corre á José y le estrecha la mano.) Esa mano.
JOSE. No decia yo que habiais vos misma de pedirme la mano?
MARTA. Sois un gran adivino!
COR. Amiga, ganó la partida!
ELISA. (Abrazándola.) Querida Susana!
ISABEL. (Lo mismo.) Amiga mia!
COND. Y á mí? (Susana la abraza.)
COR. Y á mí! (La abraza.) (Algo se pesca!)
BERN. Conque tambien Marta y José?
COND. Sí; las dos bodas en un dia, y yo seré madrina de la de Marta.
COR. Y nosotros de la de Miss Susana.
PABLO. De hoy más, madre mia, hay que añadir un nuevo cuartel al escudo de nuestras armas.
COND. Cómo?
PABLO. Á los timbres de la antigua nobleza unió mi padre las glorias del primer imperio.
COR. Digo! y os parece poco?...
PABLO. Á esas dos aristocracias juntarán mis hijos, la gloria legítimamente conquistada por el trabajo, el talento y la virtud. (Señalando convenientemente á Bernard y á Susana.)

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 4 de Marzo de 1868.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.